

"PRISMA"

REVISTA SOCIAL

de

ARTES
LETRAS
TEATROS
MODAS
SPORT
ETC.



LIMA

TALLERES DEL PRISMA
UNIÓN (MERCADERES) 482

U. N. M. S. M.
 BIBLIOTECA CENTRAL
 BENEVOLENTIA
 FONDO ANTIGUO



Monumento "2 de mayo" — El Perú

Foto. Moral

CARACTER DE LA LITERATURA DEL PERU INDEPENDIENTE

(Continuación)

Semejante carácter debía encontrar su expresión en el género satírico y en los cuadros de costumbres. Pero Pardo entró en política, fué en ella desgraciado, vió burladas sus esperanzas y ambiciones; y proscripto primero, después ciego y enfermo, tocó en suerte presenciar el terrible espectáculo de un pueblo que se destrozaba con sus propias manos. Y el poeta festivo, el cómico moratiniano, el escritor de costumbres, se hizo entonces satírico político.

La primera sátira de costumbres de Pardo es *El carnaval de Lima*, que debió de escribir apenas llegado de Europa. Desde aquí arranca una sección de sus obras en que predominan el color local limeño y la descripción de las costumbres peruanas. A ella corresponden las tres comedias *Frutos de la educación* (1829), *Una huérfana en Chorrillos* (1833) y *Don Leocadio* (1833); y los artículos del *Espejo de mi tierra* (1840). No son todavía sátira política, pero son ya sátira social, aunque comedia. No son invectiva sangrienta ni ataque rudo: descubren la benévola y maliciosa sonrisa que producían en Pardo, ciertos ridículos usos criollos.

Hablar del teatro de Pardo, sería notoria hipérbole. Sus comedias, que son tres, y de las cuales sólo se representaron dos, *Frutos de la educación* y *Don Leocadio*, y eso muy pocas veces, no constituyen un teatro, sino ensayos dramáticos, y, así consideradas, son verdaderamente notables. Pertenecen á la escuela de Moratín, como pertenecían á la sazón en España las de Gorostiza, *La niña en casa* y *Lo que puede un empleado* de Martínez de la Rosa y la de Bretón de los Herreros. Y aunque Pardo imita á Bretón, como lo dice Escosura (1), su modelo preferido, según lo reconoce el mismo Escosura, es Moratín. Pero no son estas comedias obras exclusivas de imitación española; al contrario: son un perfecto retrato de la sociedad limeña de aquella época (principalmente *Los frutos de la educación*); son obras muy locales, y su estilo está sembrado de graciosos limeñismos. Pardo quiso guardar en ellas con cuidado excesivo las tres famosas unidades; pero, aunque advierte en *Los frutos de la educación* que la acción pasa en menos de veinticuatro horas tanto en esta comedia como en *La huérfana de Chorrillos*, transcurren durante dicha acción, una tarde, una noche y una mañana consecutivas, de modo que los sucesos acontecen en dos días y nó en uno. Pardo, pues, tuvo que infringir, á pesar de todos sus escrúpulos clásicos, una parte de la regla preceptiva teatral entonces imperante. En efecto, Boileau dijo:

Qu'en un lieu, qu'en un jour, un seul fait accompli
Tienne jusqu'à la fin le théâtre rempli.

y Quintana tradujo esto al español así:

Una acción sola presentada sea
En sólo un sitio fijo y señalado
En sólo un giro de la luz febea.

Estoy conforme con Escosura en que «*La huérfana de Chorrillos* tiene más movimiento y novela y está ejecutada con mayor libertad y desembarazo» (2); pero encuentro que en *Los frutos de la educación*, hay, si nó más intriga, más estudio de caracteres y observación más detenida. Ocioso es decir, tratándose de obras de Pardo, que campean en todas ellas lenguaje castizo y llano y versificación fácil. A fuer de moratinianas presentan una manifiesta intención docente (á lo menos las dos primeras: *Frutos de la educación* y *Una huérfana en Chorrillos*). Hoy su principal mérito para nosotros consiste en las noticias que nos dan sobre el modo de vivir de nuestros abuelos, de nuestras costumbres limeñas á principios del siglo pasado. El insubstantial lechuguino que acaba de venir de París; el mozo criollo que, aunque hijo de un marqués, frecuenta los bailes de zambas y se desvive por las lidias de gallos; la niña mimada, que sabe á las mil maravillas la *zamacueca*; las fiestas del Cercado; los conejeles que vencieron en Ayacucho; las mulatas de monjas, con su hablar ceceoso y sus remilgos; las comilonas de los anticuados nobles; la extrañeza que causan los hábitos ingleses en aquella sociedad; todo esto revive en las tres comedias de Pardo, y todo eso constituye su principal encanto.

Lo propio sucede con los artículos de costumbres del *Espejo de mi tierra*. Pertenecen á la misma escuela que los de Larra, *Fray Gerundio* y Mesonero. No se puede negar el íntimo parentesco que existe entre *El castellano viejo* de Larra y *El paseo á Amancaes* de Pardo. Desgraciadamente, los artículos son muy pocos. Descartando el *Prólogo* y una revista teatral que lleva el título de *Opera y nacionalismo*, se reducen á dos: *El paseo á A-*

mancaes y *El viaje del niño Goyito*. Graciosísimos, de expresión sabrosa y criolla, tienen gran parecido con algunas de las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Por estos dos artículos y por el fragmento del poema *Isidora*, debe contarse á Pardo entre los ascendientes literarios de nuestro célebre tradicionista.

Vamos ahora á lo que puede llamarse tercera manera de Pardo, á sus sátiras políticas; es decir, la *Epístola á Delio* (1856) y la *Consiliación política* (1859), y muchos sonetos y letrillas. Han sido escritas después de 1840, cuando las enfermedades y los desengaños habían disipado ya las ilusiones; cuando la experiencia y la triste y fría serenidad de su forzado retiro, hacían ver claramente al antiguo político, cuál era el real y terrible estado del Perú.

Don Patricio de la Escosura (3) (que no es crítico de mucho vuelo ni de gusto muy seguro) juzga que estas producciones adolecen de marcado prosaísmo, y que revelan el decaimiento mental consiguiente á la edad y á los males físicos del poeta. Me parece todo lo contrario. Si Pardo no hubiera compuesto sus sátiras políticas, sería un literato elegante y apreciable, y nada más; por haberlas compuesto, es un poeta de fisonomía propia, original, muy interesante, y de pinceladas á veces magistrales. Menéndez Pelayo, autoridad bien superior á Escosura, afirma que: «son estas piezas las más geniales y curiosas de Pardo» (4). Para justificarlas es necesario recordar las circunstancias que las inspiraron y la época en que se produjeron. No hay que hacer gran esfuerzo para ello: es la dolorosa historia de nuestro país desde 1826 á 1895. Todos, hasta los más jóvenes, hemos alcanzado y palpado aquellas afrentas y miserias públicas de que Pardo se lamentaba.

Cuando la independencia de la América Española, se comió el gravísimo é irreparable yerro de adoptar como forma de gobierno para estas nacientes nacionalidades, la república, y nó la monarquía constitucional. Nuestra juventud, entusiasta é ilusa, imbuída en las abstractas doctrinas de Rousseau y de los enciclopedistas, obsesionada por los recuerdos clásicos de colegio, alentada con el ejemplo de la Revolución Norteamericana; nuestra juventud, que ignoraba completamente la política práctica, y creía que las instituciones se improvisan y que basta á crearlas la voluntad de algunos hombres, hizo una activa propaganda democrática; y consiguió su objeto. Bien caro lo pagaron aquellos campeones del liberalismo; y casi todos, al fin de una vida de amarguras y decepciones, reconocieron su generoso pero funesto engaño.

Se estableció la república en los países menos preparados para ella; los colonos de España pasaron, sin transición ninguna, á ser ciudadanos de libérrimas democracias; y sucedió lo que había de suceder: que no se infringían impunemente las leyes de la naturaleza; y en vez de reinar la libertad, reinaron la farsa, la anarquía y la dictadura.

Si, por espacio de cincuenta años, todos los gobiernos, hasta los mejor intencionados; todos los gobernantes, hasta los más honrados y rectos, tuvieron que ser autocráticos y anticonstitucionales, culpa fué, más que todo, del régimen social que nos habíamos dado, y de la inadaptabilidad de las instituciones.

En el Perú, el grupo liberal de Mariátegui, Sánchez Carrión y Luna Pizarro, y la ambición de Bolívar, que deseaba para sí la autocracia, hicieron fracasar los prudentes proyectos monárquicos de San Martín. Se perdió aquella coyuntura, quizá la única para establecer con provecho la monarquía; y el Perú se ha reducido, por el desconcierto de su vida republicana, al punto en que hoy lo vemos. Porque una vez constituida la república, no tuvimos aquí (como la tuvo Chile) la ventaja de poseer una clase superior prestigiosa é influyente, que fuera firme seguro de la estabilidad del gobierno y de la paz de la nación. La nobleza estaba compuesta, salvo contadísimas excepciones, por Perezosos é ignorantes, ineptos para todo, ó por calaveras que no sabían sino derrochar en la disipación sus heredados caudales. Con ella no se podía contar. El comercio, (que en su mayor parte lo ejercían españoles, entonces desterrados ó arruinados) era insignificante. Industrias, casi no existían. La guerra de la Independencia había producido una pobreza general, y gran parte de la población vivía de empleos públicos. ¿Qué bases sustentaban, pues, la sociedad? En casos tales la fuerza armada, el militarismo, se impone. Y efectivamente, el ejército formado para las campañas contra los españoles y luego contra Bolívar y los colombianos, disponía á su antojo del poder, y hacía presidentes y dictadores á sus caudillos. Fué como la época de los Treinta Tiranos, en la decadencia de Roma; porque también el mando se ponía en subasta, y las tropas aclamaban al que pa-

[3] "Discurso" citado, páginas 33 y 34.

[4] Menéndez Pelayo: "Antología de poetas hispano-americanos"; Tomo III, Introducción, pág. CCLXXV.

(1) "Discurso" citado, páginas 33 y 34.

(2) "Discurso" citado, pag. 35.

gaba mejor. Ese ejército, desproporcionado para nuestras necesidades (ya que no pretendíamos hacernos nación conquistadora); con un número ridículamente crecido de generales y coroneles; tal como aún se vé en algunas repúblicas de Sud-América, era el principal agente de nuestras desgracias. El hacía las constantes revoluciones; él talaba las tierras y destruía lo que quedaba de riqueza nacional; él causaba la estéril agitación en que nos consumíamos, y en cuyo fondo no hubo nunca sino el más estrecho personalismo, el más vil caudillaje. Cierta que las personas ilustradas se dividían en dos bandos: el liberal y el conservador, pero jamás (y ésta fué una de nuestras pocas felicidades) alcanzó aquí la política interna el carácter doctrinario y hasta religioso que tuvo en otros países hispano-americanos. Cierta que muchas insurrecciones tuvieron como lema ya el principio de autoridad, ya el de libertad; pero no fueron sino pretextos. Aquellos presidentes de cuartel, que disolvían brutalmente los congresos algo indóciles, que trataban á sus ministros como amanuenses, cambiaban de opiniones, sin embozo ni vergüenza, según las necesidades del momento. El amor á los ideales políticos fué siempre cosa muy secundaria en las revoluciones del Perú. La verdadera causa estaba en la indisciplina del ejército, en la cobardía del elemento civil y en que toda una clase de la sociedad (y bien numerosa) había encontrado en el desorden su medio de subsistencia. Apenas, después del triunfo de una revolución, se instalaba un gobierno, la muchedumbre de jefes, oficiales y soldados, que habían servido á la facción contraria y que se veían sin trabajo, no tenían más remedio que echarse á conspirar é ir preparando otra sublevación. Si ésta triunfaba, venían los honores, los sueldos y los ascensos; si nó, por lo menos se había vivido meses y hasta años á expensas del país, imponiendo cupos, y alimentándose en los campos y ciudades de lo que producía el trabajo ajeno. Y detrás de los militares, animándolos y como empujándolos, estaban todos aquellos hombres que veían en las alteraciones públicas la manera más fácil de medrar. De modo que la guerra intestina siempre estaba á las puertas.

En esta confusión, la suerte nos regaló con dos tesoros; el huano y el salitre. Y en vez de mejorar, empeoramos, porque tuvo el poder mayores alicientes, y porque hubo materia para mayores escándalos y abusos. Aquellas riquezas no aprovecharon al Perú, sino á los extranjeros y á un reducido número de especuladores. La desmoralización administrativa, la locura del agio, llegaron á su colmo, y, por fin, vino la bancarrota. Esto era lo que acongojaba á Pardo, esto lo que decía en sus versos. A veces, como engañosas mejorías de mortal dolencia, calmábase un tanto aquél furor insano, y había épocas de relativo sosiego y bienestar; por ejemplo los gobiernos de Castilla. Pero pronto volvía á encenderse la discordia. A veces renacía la esperanza, y se presentaban hombres que la nación reputaba por sus salvadores. Así sucedió con Vivanco en 1842 (5). Más á poco fallaban tan halagüeños pronósticos. El general Vivanco, ya por propia ineptitud, ya por insuperables obstáculos, fracasó en sus reformas, y el gobierno directorial desapareció en la vorágine revolucionaria.

Mucho tiempo después, cuando ya Pardo había descendido á la tumba, el pueblo se alzó furioso contra las dictaduras militares y despedazó á los tiranos. La parte mejor y más saneada del país se organizó y ascendió al poder. Más todo fué inútil en una nación donde la anarquía se había hecho necesaria; y el hijo del poeta, que se puso á la cabeza de aquel movimiento regenerador, cayó atravesado á balazos en las puertas del Senado. Y siguió la disolución, siguió la orgía, hasta que, por los crímenes de unos, por imprudencias de otros, por culpas de todos, vino á castigarnos la guerra extranjera, la vergonzosa derrota, la demembración del territorio nacional. Y cuesta trabajo agregar que, después de ella, reincidimos en los mismos delitos, y ¿quién sabe si estamos curados por completo? (6)

En tales condiciones es muy disculpable que Pardo no apreciara siempre acertadamente la política europea y que celebrara á Napoleón III; es muy disculpable que dijera:

No más: y pueda pronto
Lucir el día
En que harto escarmentada
La patria mía,
Prudente ataje
El mal que le acarrea
Llantos y ultraje;
Y á autoridad se acoja
Sabia y robusta,
Que orden y libertades
Concilie justa;
Y firme y franca

(5) Pardo, íntimo amigo de Vivanco, y, como todos los conservadores, ferviente partidario suyo, cantó su exaltación al mando supremo en *La Lámpara*. Y sea porque en esta ocasión el entusiasmo lo llevara á romper con las timideces de su escuela, sea porque quisiera hacer aunar de la flexibilidad de su talento, es lo cierto que, por única vez en su vida, compuso una poesía verdaderamente romántica (una de las primeras, si nó la primera, de las manifestaciones del romanticismo en el Perú), tanto por la variedad de metros en que está escrita, como por el carácter de las metáforas y del estilo. Rebosa sinceridad y ardor, y, aunque muy correcta, en ella mostró Pardo más imaginación de lo que solía en sus cantatas y odas clásicas.

(6) Esto se escribió en los primeros días del año de 1904. Circunstancias imprevistas interrumpieron después este trabajo.

Promueva nuestra dicha
Con una franca.

como lo es también el amor que todos nuestros conservadores profesaron al sistema dictatorial. Y queda por averiguar si no era esto último racional y justo. Razones poderosas lo hacen creer. Lo que le faltó al Perú para ahorrarse tan penosa infancia, fué una *autovidad robusta, férrea*, que domara la anarquía, que hiciera lo que Portales hizo en Chile, lo que Díaz hace en Méjico, lo que aquí no lograron ni Vivanco ni Castilla.

En esta crítica ha sido preciso entrar en apreciaciones históricas, porque las sátiras de Pardo no se comprenden sino relacionándolas con los sucesos de aquella nefanda edad. Para lo que fué, las invectivas de Pardo antes resultan pálidas que exageradas. Pardo jamás hace recordar la candente frase de Juvenal, ni los magníficos apóstrofes de Hugo, ni aún la austera indignación de Jovellanos: siempre habla medio en serio, medio en chanza. Y es que, aunque fué de carácter resuelto y entero, aparece en todas sus obras literarias gracioso y delicado; nó grande ni fuerte. Jamás, ni cuando mayor es su cólera, le abandonan el aticismo y la fina sonrisa, por más que bajo ellos se adivine su patriótico dolor. Como le dijo Camacho:

Tú no lloras, más tu risa
Va diciendo tu quebranto,
Que asoman gotas de llanto
Al través de tu sonrisa.

Dando al pueblo sabio aviso
Riéndote lloras, es cierto,
Al ver trocado en desierto
El peruano paraíso.

A esa época de motín cada semana y de revolución cada mes gustaba Pardo de contraponer la Colonia tranquila y bonancible (7). Sin duda, no se necesita ser un lince para comprender q' del régimen colonial provienen nuestros males; que la Colonia produjo nuestra incuria, nuestra inexperiencia política y otros muchos de nuestros defectos; pero la acerba cosecha de lo que sembró la Colonia no lo recogió sino la República. Lo cierto es que, bajo la dominación española, los criollos y mestizos gozaron de una plácida y sosegada vida, de una *aurca mediocritas*, muy acomodada á su pereza y sus escasas aspiraciones; y apenas, de vez en cuando, un amago de piratas ó un terremoto turbaba aquel *dolce farniente*. Era natural que Pardo, ligado por familia y educación al gobierno español, hombre de orden por naturaleza, enemigo instintivo del desorden y la anarquía, y que tanto padeció en los tumultos y facciones, echara de menos los buenos tiempos del Virreinato.

Es hora de concluir este estudio de Felipe Pardo. A nuestro propósito basta con lo expuesto. De su estilo se ha apuntado ya que se distingue por la limpieza y pulcritud. Como observador de caracteres y costumbres, no tiene profundidad, pero sí gracia y discreción. Como versificador, es fácil y diestro, y se parece á D. José Joaquín de Mora (8). Es, en resumen, una personalidad literaria en la cual la educación estuvo de completo acuerdo con las cualidades nativas; en la cual la corrección no degeneró en frialdad, ni la elegancia en meticuloso atildamiento, ni la sencillez en prosaísmo; en la cual los resabios académicos no lograron prevalecer sobre el ingénuo donaire; y en la cual, por fin, el político, lejos de perjudicar al literato, se combinó felizmente con él, y las preocupaciones del estadista dieron á los versos del poeta fogosa animación y particular interés.

A D. José Pardo y Aliaga (1820-1873) debe colocársele junto á su hermano (á pesar de la diferencia de edad que hubo entre ambos), porque pertenece á su misma escuela y se le parece mucho en el estilo; lo que no tiene nada de extraño, puesto que, á más de ser hermanos, recibieron los dos de D. Alberto Lista igual educación, y luego influyeron sobre ellos iguales circunstancias. Palma califica sus quintillas *A Rosa*, de *preciosas*, y la letrilla titulada *La carta*, de *inimitable*. En verdad tienen estas poesías la fluidez y la inocente travesura de algunas de las de D. Felipe. La letrilla de éste, *El suicidio*, presenta en la versificación bastantes puntos de semejanza con *La carta*. *El barnaso* de Cortés trae otras poesías festivas de D. José Pardo, y un soneto algo romántico que se titula *En contestación al pedido de una flor*.

Continúa

[7] Aunque gruñan severos Aristarcos,
Yo prefiero á estos tiempos, que dan grima,
Aquellos tiempos en barullo parcos
En que tan sólo se agitaba Lima
Cuando elegía su Rector San Marcos
O votava una Cátedra de Prima,
Sin que sacase, cual los de hoy, la imprenta
Aquellos candidatos á la afrenta.

Véanse todas las estrofas siguientes.

Véanse también el artículo del "Espejo de mi tierra" que se titula "Viaje del niño Goiyto", y todo el fragmento del poema "Isidora". En éste se advierten semejanzas con las "Leyendas" de Mora; pero Pardo ha sabido encontrar y expresar la peculiar poesía de la Colonia, tal como luego lo ha hecho Ricardo Palma en sus "Tradiciones". Los modelos del género á que "Isidora" pertenece, no sólo están en las "Leyendas" de Mora, sino en los "Cuentos" del guatemalteco Batres Montañar y en "El Proscrito" de Andrés Bello.

[8] Lo mismo que Bretón y Segura, Pardo usa mucho de las rimas esdrújulas.



Monumento "2 de mayo"—Bolivia

Foto. Moral



Monumento "2 de mayo" — Chile

Foto, Moral

LA VIUDA DE UN GRANDE HOMBRE

CUANDO se supo que se casaba en segundas nupcias, á nadie le extrañó. A pesar de todo su genio, tal vez á causa de su genio, el gran-

de hombre le había dado quince años de una vida muy dura, llena de caprichos, de fantasías estrepitosas, de las cuales se había ocupado algunas veces todo París. Por el camino de gloria, que él recooró triunfalmente y á toda velocidad, como aquellos que han de morir jóvenes, ella lo había seguido, humilde y temerosa, sentada en un rincón del carro triunfal, esperando á cada momento un choque. Cuando se quejaba, así los parientes como los amigos, como todo el mundo, se ponían en contra de ella: «Respete sus debilidades, le decían, que esas son las debilidades de un dios. No le perturbe, no lo distraigas. Piensa que tu marido no es tuyo solamente. Pertenece, aún más que á la familia, á su país y al arte..... ¡Quién sabe si cada una de esas faltas que tú le echas en cara, no nos ha valido una de sus obras sublimes!.....» Al fin, sin embargo, cansada de tanta paciencia, sintió deseos de revuelta, indignaciones, injusticias, y de tal suerte, que cuando el grande hombre murió, ya se disponían á litigar su separación ante los Tribunales y á arrastrar su célebre apellido por las columnas de la tercera plana de los periódicos aticionados al escándalo.

Después de las agitaciones de aquella desdichada unión, los cuidados y temores de la última enfermedad, el golpe terrible de la muerte, el cual despertó, por un momento, el cariño primitivo, los primeros meses de viudez produjeron á la joven el efecto saludable y restaurador de una temporada de baños. El retraimiento forzoso, el tranquilo deleite del dolor apaciguado, le dieron á los treinticinco años una segunda juventud, casi más seductora que la primera. Además el traje negro le sentaba bien, y luego tenía el continente reposado, un tanto orgulloso, propio de la mujer que se queda sola en el mundo con la obligación de llevar todo el honor de un gran nombre. Muy cuidadosa de la gloria del difunto,

esa gloria maldecida que le había costado tantas lágrimas, y que ahora se agrandaba de día en día como espléndida flor alimentada por la removida tierra del sepulcro, veíase envuelta en sus negras tocas, presentándose en casa de los editores, de los directores de teatro, ocupándose de que pusieran en escena las óperas de su marido, cuidando la impresión de las obras póstumas, de los manuscritos sin terminar, poniendo en todos esos pormenores una especie de solemnidad afanosa y algo así como respeto á un santuario.

Por entonces la conoció su segundo marido. Era músico también, casi desconocido, autor de valeses, de melodías y de dos operetas; dos partituras, las cuales deliciosamente impresas, ni se habían cantado en el teatro ni se habían vendido. Con una figura simpática y una bonita fortuna heredada de su familia, tenía, sobre todo, el respeto supremo al genio, la curiosidad de los hombres célebres y la entusiasta candidez de los artistas aún jóvenes. Así es que cuando le enseñaron la mujer del maestro, se deslumbró. Era como la imagen misma de la musa gloriosa que se le presentaba. En seguida se enamoró y, como la viuda empezaba ya á recibir gente, se hizo presentar en su casa. Allí creció su pasión en la atmósfera del genio que flotaba todavía en todos los rincones del salón. Allí, el busto del maestro, el piano donde componía, sus partituras encima de todos los muebles, melodiosas hasia al mirarlas, como si en sus entreabiertas hojas resonaran musicalmente las frases..... La hermosura real de la viuda, rodeada de ese recuerdo austero como de un marco que le sentaba bien, acabó de volverle loco de amor.

Después de haber titubeado largo tiempo, el pobre muchacho acabó por declararse; pero en términos tan humildes, tan tímidos..... «Ya sabía que era muy poca cosa para ella. Comprendía todo el pesar que le causaría trocar su nombre ilustre por el suyo, desconocido é insignificante.....» Y otras mil candideces por el estilo. Ya supondréis que, en el fondo del corazón, la dama estaba muy satisfecha de su conquista; pero hizo su correspondiente comedia, fingió tener el corazón destrozado, adoptó los aires desdeñosos, displicentes de la mujer para quien todo ha concluído en este mundo. Ella, que jamás había estado tan tranquila como después de la muerte de su gran hombre, encontró aún lágrimas para llorarle, y un entusiasmo loco para hablar de él. Naturalmente, todo eso no hizo más que exaltar á su joven adorador y hacerlo más elocuente, más persuasivo.

Para terminar aquella severa viudez acabó con una boda; pero la viuda no abdicó, y siguió siendo, después de



casada, más viuda de grande hombre que nunca, porque comprendía que á los ojos de su segundo marido aquél era su verdadero prestigio. Como se sentía menos joven que él, porque no lo advirtiese, lo atoradó con su desdén, con una especie de vaga compasión, de cierto pesar por una unión desigual, inexplicada y ofensiva. Pero él no se ofendía; antes al contrario. ¡Estaba tan convencido de su inferioridad, y hallaba tan natural que el recuerdo de un hombre como aquél se apoderara despóticamente de cualquiera! Ella, para mantenerlo en aquella actitud humilde, leía algunas veces las cartas que el maestro le escribía cuando estaba haciendo la corte. Aquella vuelta al tiempo pasado la rejuvenecía y le daba el aplomo de mujer hermosa, amada, contemplada á través de todos los ditirambos amorosos, de toda la exageración deliciosa del amor por escrito. Si después había variado, á su joven esposo no le importaba; la adoraba por la fe de otro y sentía con ello no sé qué extraña vanidad. Parecíale que aquellas súplicas apasionadas se unían á las suyas, y que él era el heredero de todo un pasado de amor.

¡Extraña pareja! En sociedad era cosa curiosa observarlos. Yo los veía algunas veces en el teatro. Nadie hubiera reconocido á la mujer temerosa y tímida que acompañaba en otro tiempo al maestro, perdida en la sombra gigantesca que proyectaba en derredor suyo.

Ahora, erguida en el sitio de preferencia del palco, se exhibía, atraía todas las miradas con el orgullo de las suyas. Cualquiera hubiera dicho que tenía sobre la frente la aureola de su primer marido, cuyo nombre resonaba en torno suyo como un homenaje ó como un reproche. El otro, sentado en segundo término, con la especial fisonomía de los sacrificados de la vida, observaba todos sus movimientos, atento á servirla.

En su casa aquella actitud extraña era todavía más notable. Recuerdo una reunión que dieron al año de casarse. El marido circulaba por entre la turba de invitados, orgulloso y un poco turbado de ver reunida tanta gente en su casa. La mujer, desdeñosa, melancólica, superior, era aquella noche más que nunca la viuda del gran hombre. Tenía cierto modo de mirar á su marido por encima del hombro, de llamarlo «mi pobre amigo» mientras

él extremaba cortesías, como diciéndole: «No sirves más que para esto.» En derredor de ella estaban los íntimos de otros tiempos, los que habían asistido á los ruidosos comienzos de la carrera del maestro, á sus luchas, á sus triunfos. Con ellos la viuda se hacía la niña mimada. ¡La habían conocido tan joven! Casi todos la llamaban Anita. Era como un tabernáculo, al cual el pobre marido se acercaba respetuosamente para oír hablar de su predecesor. Allí recordaban los gloriosos *estrenos*, aquellas noches de grandes batallas, casi todas ganadas: luego las mañas del grande hombre, su manera de trabajar cuando, para inspirarse, quería que su mujer se pusiera á su lado llena de galas y muy escotada..... «¿Se acuerda usted, Anita?» Y Anita suspiraba, se ruborizaba....

De entonces databan sus bellísimas partituras eróticas. *Savonarola*, sobre todo, la más apasionada, con su magistral dúo lleno de rayos de luna, de perfumes de rosa y de trinos de ruiseñor. Un entusiasta lo tocó al piano, en medio de un gran recogimiento. Cuando sonó la última nota de aquella magnífica pieza, Anita rompió á llorar..... «No puedo remediarlo, decía. Nunca he podido oírla sin llorar.» Los amigos del maestro rodeaban á su triste viuda prodigándole la expresión de su simpatía y sus consueños. É iban, uno detrás de otro, como sucede en los duelos, acercándose para estrecharle la mano.

«Vamos, vamos, Anita, valor.»

Y lo más extraño es que el segundo marido, de pie al lado de su mujer, con aire conmovido, distribuía apretos de mano, él también, y tomaba parte en aquel duelo.

«¡Qué genio! ¡qué genio!» decía enjugándose los ojos.

Aquello era á un tiempo mismo cómico y enternecedor.

ALFONSO DAUDET.



Precito!

SER... y no ser!—Esfinge de la Ciencia, de la Razón tortura, eterno arcano; abismo abierto en el cerebro humano, en cuyo fondo ruge la Demencia....

Nacer... para morir!—De la existencia en que sólo el dolor no es sueño vano, guarda, mudo, la clave, el Gran Tirano que nos impuso el alma y la conciencia.

Da su aroma la flor, su trino el ave, el astro rueda en su órbita medida, sin el terror de su futura suerte;

y sólo llora el hombre, porque sabe que inconsciente trajéronle á la vida y consciente le llevan á la muerte.

LEÓN NOEL.

Lima—1906.

Cuestión de amor

ESTA cuestión de amor está muy lejos de ser perfectamente conocida por más que en ella estén toda la vida ocupados los mozos y los viejos.

Amor es como el sol, cuyos reflejos cambian según la superficie herida: verdes son en la sábana florida y en el sombrío peñascal, bermejos....

Mi corazón es triste y pide poco á tu hermosura que me vuelve loco, temiendo consumirme en una fragua....

Pongamos á ración nuestra ternura, que si el amor carnal muere de hartura, el verdadero amor vive á pan y agua....

CRISTÓBAL DE BURGOS.

Lima—1906.



Monumento "2 de mayo"—Ecuador

Foto. Moral



MONUMENTO "2 DE MAYO"

Foto. Lud

LO PINTORESCO EN NUESTRA LITERATURA

II

(EL PAISAJE)

Los poemas se inspiraron en la montaña y nacieron al aliento vivificante de la selva: «El derrumbe» de José Santos Chocano y «La leyenda del caucho» de Carlos G. Amézaga. En «El derrumbe» la montaña guarda su inviolado secreto; entre una vegetación exuberante y monstruosa, la ceiba gigantesca destaca su figura dominante; se escucha el cantar de aves extrañas, el rumor lejano de ríos caudalosos ó el estruendo de torrentes que rebotan entre las peñas, y por todos lados una fronda oscura é impetrable rodea ese misterio de insólita fecundidad.

Hinchado y confuso «El derrumbe» nos anonada entre una defectuosa superabundancia de imágenes. Retórica y exagerada la frase se envuelve, se recarga de palabras y palabras, y algunas metáforas faltas de espontaneidad dislocan hermosos perfotos poéticos. Pero entre los innegables defectos de este canto en que Chocano llega á la exageración de su manera, el soplo lírico del poeta anima en ciertos lugares el paisaje y al través de las estrofas del poema se siente latir la inspiración desbordante, que sube tumultuosamente como en el bosque asciende la savia generosa, y una inmensa emoción de vida y de fuerza pasa como un huracán agitando la selva.

«La leyenda del caucho», inédita é inconclusa todavía, es un poema de indiscutible mérito descriptivo, lleno de naturalidad y precisión, plástico, de contornos definidos, de francas tonalidades, sobrio de lineamientos: la visión de la montaña, es clara é intensa; nuestros bosques orientales adquieren un nuevo elemento: la lucha del cauchero, poema bárbaro de ignorados heroísmos, de titánicos combates contra la naturaleza y contra el indio que defienden sus tesoros. Entre la fácil naturalidad de esta obra resaltan acentos elevados, como las impresiones de Pablo ante Nueva York la prodigiosa, hija del esfuerzo, afirmación de voluntad, triunfo y dominio del hombre, ciudad grande que eleva el himno de su poderío al dios civilización desde sus enormes altares de hierro. Tiene pinceladas poéticas que suavizan el cuadro, como la figura de Mizka la catuquina, alma ingenua y salvaje, nacida para un amor lleno de delicadezas, impulsiva en sus arrebatos pasionales, lánguida en sus caricias adormecedoras; todo un idilio entre la fronda propicia. Y apuntes de honda filosofía, como la escena del sacrificio á Tute, en que se ve la impresión igual que ejerce el demiurgo, lo desconocido, sobre todas las ideas y sobre todas las conciencias.



Si es cierto que se ha explotado el paisaje de nuestro Oriente, también lo es que la sierra no ha tenido intérpretes verdaderos. Este panorama reviste dos aspectos distintos: la quebrada y la puna.

Bajo un cielo de azul intenso, entre dos hileras de cerros grises, la quebrada extiende la faja verde de sus sementeras de variados matices y alterando la simplicidad del paisaje, el violeta pálido de que los cerros se cubren al atardecer, el sol amarillento que en las cumbres nevadas pone fulgores de oro, ó las ovejas esparcidas en el campo que manchan el verde apacible de los sembríos con la nota blanca de sus blancos vellones.

En la puna el cuadro es distinto. De la cordillera en los picos más altos vive el indio pastor; pesan sobre su frente siglos de dolor y de opresión; sin voluntad, sin

móviles de esfuerzo, ni un grito de rebelión, ni un arranque de protesta vibra en su pobre alma de vencido. El pasado opulento de su raza sólo le inspira en la *queña* la más armoniosa de las melancolías, En ella dice su triste anonadamiento bajo el silencio de las estrellas, en la soledad de la puna nevada y blanca, y en ella el yaraví cuenta su desconsuelo y angustia en canciones monótonas y sollozantes. Vaga en el ambiente una helada tristeza que destila en el alma el misterio de una infinita desolación.

No sé de ningún poeta que haya traducido este cuadro. Su franca emoción no requiere una poesía complicada, abundante en tonalidades, exquisita en matices; sólo pide un alma impresionable, entristecida, y una lira que se queje como la *queña*, suavemente.



La naturaleza de la costa es por todos conocida. De ella sólo diré que en Juan de Arona encontró un amante entusiasmado que supo describir con pinceladas felices, con rasgos acertados, sus campos regados de flores, su mar manso y espejeante, su cielo lleno de luz, el verde amarillento de los cañaverales, los sembríos de maíz, que coronan espigas doradas, las llanuras de arena abrasadas por el sol, los médanos agitados caprichosamente por el viento. Su obra es la de un humorista enamorado de la belleza del trópico, que le presta sus más ricos colores y que inspira sus mejores estrofas.

Con todo, Juan de Arona está muy lejos de agotar el tema. Su narración, tal vez demasiado objetiva y desprovista de impresión personal, tal vez harto humorística y en ocasiones empañada con sombras de mal gusto, puede ser superada por poetas que tracen cuadros distintos en que aparezca la nota subjetiva que da calor y movimiento. La descripción de la campiña limeña, bajo un cielo de dulce hermosura; el valle de Nazca, isla de verdor regada por agua de origen desconocido; Piura, humedecida, por las lluvias en el milagro de su vegetación prodigiosa y otros muchos paisajes, animados por el alma de un poeta, darían hermosos cantos de lozanía y de vida.



Tanto la tradición en sus distintas épocas, como el paisaje en sus diversos aspectos y variado colorido, forman un elemento pintoresco, un bullidor manantial, un campo reducido, pero fértil, que pueden surcar con el arado más de un prosador y un poeta, sembrando en él la simiente de un arte que llamaríamos nuestro si no fuera que la forma con que debe revestírsele y la sensibilidad con que debe apreciársele tienen que ser hijas de agenas literaturas y producto de selecciones artísticas ha tiempo cristalizadas en el espíritu.

Nuestro estudio se concreta, pues, á señalar los puntos aprovechables, á esbozar las direcciones que pueden tomarse, sin pretender que de éstos y de aquéllas surja una poesía sin mezcla de imitación, aquí donde no tenemos un ideal propio y donde nuestra labor á este respecto debe reducirse á conocer y estudiar los asuntos nacionales que puedan dar alguna originalidad á nuestra literatura.

El abrazo de tacneños y ariqueños

ENTRE las ruinas de los parapetos improvisados por los batallones de los antes pacíficos artesanos de Tacna, Lima é Iquique para la defensa desesperada del puesto de honor que la Patria les había confiado en Arica, yacía inutilizado por su último é ineficaz esfuerzo un cañón de fortaleza que Bolognesi mandó colocar, la boca hacia el Este, y cuyo manejo confié, junto con la de otros, menos pigmeos y ancianos en la época, al valor de Arias y Aragüez y de Inclán. Sus disparos en los días del asedio de los siete mil soldados—veteranos ya, de Baquedano y Lagos, orgullosos de su victoria del Alto de la Alianza—habían resultado cortos. En la mañana del asalto ese cañón, rabioso tal vez de su impotencia contra la multitud de infantes surgidos de la semiobscuridad matutina—cual los buques pescadores que en los mares de Islanda y en las costas de Noruega se hunden en las profundidades del proceloso mar al choque intempestivo de otros que surgen como fantasmas en medio de la negra bruma—reventó al primer disparo.

Abajo, en las faldas del Morro, transcurridos veinticinco años, el conquistador soberbio no había querido levantar del sitio el cañón inutilizado, dejando claro testimonio de la insignificancia de los instrumentos defensivos de sus adversarios, ó de que el bronce del arma enemiga abandonada en el campo de batalla era rebelde, esta vez, á fundirse en monumento á la gloria del vencedor. Las tumbas de Napoleón y Wellington están forjadas con el metal de los cañones enemigos apresados en cien combates; á la de Lagos,—«el lago de sangre», según el calificativo de la época—le faltará ese material,

El cañón abandonado por los vencedores, no lo estaba por los vencidos ariqueños:—por aquellos que en tropel se expatriaron de su histórica ciudad y valle á la llamada de sus compatriotas y aliados, que estimaron necesario formar en batalla campal en el Alto de la Alianza, á las órdenes de Campero y Montero con la consigna de las primitivas evoluciones tácticas del reglamento español virreinato: «tacto de codos, muchachos; fuego y bayoneta á discreción.»

Con esta consigna, aquellos ariqueños habían peleado en tierra de Tacna con el Zepita, los Colorados de Bolivia, el batallón de Canevaro, mientras sus hogares quedaban confiados á sus hermanos de la ciudad del Tacora reunidos al rededor del viejo Bolognesi.

Vueltos á su terruño los sobrevivientes de la memorable batalla campal, se impusieron la obligación de cubrir de flores los cañones de Arias y Aragüez y de Inclán, hijos de Tacna ambos, cada 7 de junio, y la transmitieron á la gente de su raza que continúa viviendo en los pequeños valles tropicales de Azapa y Lluta. Así, después de viejísimas rencillas de provincianos, la noble ciudad de San Marcos de Arica, capital del Corregimiento del mismo nombre, tendía sus brazos para reconocer como de su sangre á la advenediza Tacna, heredera, por circunstancias, de su nombre é importancia política y comercial.

Los tacneños de Caramolle, del Alto de Lima, de Pocolay, de las aristocráticas calles centrales, sobrevivien-

tes del asalto de Arica, pasaron el purgatorio de la prisión de guerra, junto con los iquiqueños y limeños de los batallones de Saenz Peña y Zavala, y después fueron á recuperar su sitio en el hogar y la chácara vacíos de padres y hermanos.

Desde entonces desapareció en las gentes de la chácara hasta el último y más profundo pensamiento de venir á Arica en son de guerra, como en las épocas de Castilla y Vivanco, al mando del centauro Albarracín, hijo legítimo de las vilcas de la campiña, patriarca de la montonera, que murió,—el último de los grandes guerrilleros de épocas lejanas, con su barba *melgarejuna* [*] de pelos ya blancos,—en la retirada de su titulado escuadrón á las alturas de Tarata.

A manera de aparte referiré este episodio:

En la persecución del destacamento chileno del ejército ocupante de Tacna, contra la tropa rudimentariamente organizada de aquel coronel de caballería del ejército peruano, con despachos del Libertador Castilla, el escuadrón guerrilleresco diezmado ya en combates casi diarios, quedó deshecho en la última embestida. Albarracín cubriendo la retaguardia yacía en el camino, aplomada su pierna por el peso del caballo herido, y que acabada de caer muerto sin dar tiempo al jinete para la retirada estratégica del guerrillero, que se voltea en la fuga para ver mejor al perseguidor.

«Ríndete, cholo viejo,» vociferaron al llegar cerca los primeros veinte ginetes chilenos que buscaban con afán al guerrillero de la chácara.

En su mano tenía Albarracín la pistola de pistón que Castilla le regalara en recuerdo de sus servicios contra los vivanquistas. Apretó el gatillo, la bala disparada fué á herir, sin matarlo, á uno de los chilenos de la tropa; y Albarracín recibió la respuesta, pues murió allí traspasado de cinco balas, de veinte que le dispararon. Ya muerto el guerrillero, hijo de la chácara, pudo sacar su pierna,—extraído por manos de los enemigos, admiradores de su valor,—de debajo del cadáver del caballo, compañero é instrumento de su última hazana heroica.

Los tacneños, pues, como los ariqueños, de las luchas civiles y de sus querellas provincialescas, han convertido el Morro y la ciudad de San Marcos, en la nueva Meca del patriotismo creyente.

El cañón de Arias y Aragüez, y de Inclán pertenecía, bajo la guarda de los ariqueños, á las gentes de ambas ciudades.

Los ariqueños, por eso, cumpliendo encargo tácito, iban sigilosamente, al *parpadear* de cada mañana del 7 de junio, á adornarlo con un ramo de flores en su boca deshecha y una *boutonniere* en su oído, por donde ya no se encenderá jamás el fogonazo de la lucha activa y sabia de los tiempos actuales. El cañón, á pesar de todo, captado no se sabe por quién, ha abandonado su lecho de arena prehistórica

(*) Melgarejo usaba barba negra crecida como Albarracín. Este era agricultor, soldado sobrio, temperante; el otro disponía de otras cualidades para conducir á los hombres á la batalla.

y su contacto con los indios huanchos que hicieron su cementerio en las faldas hoy salitrosas del Morro.

No seré yo quien aplauda ese olvido, si pudiera emplearse esta expresión, de los deberes que el cañón tenía respecto de los tacneños y ariqueños.

Voy á justificar mi abstención por un *simil*, recordando hechos de otro orden.

La *chusma* anónima de hombres, cantada por el poeta español antes de cumplirse cuatro siglos del descubrimiento de America; la *chusma* y la aristocracia envueltas en la fosa común de Balaklava, Vionville, Tacna, Arica y Miraflores, tienen su tumba en el sitio en que cayeron vencedores y vencidos; y nadie se ha atrevido á separar los huesos de los que no se reconocieron al matarse en el furor animal de la lucha puesto al servicio de los grandes jefes, más heroicos que sus subordinados, pues pudieron mirar anticipadamente el inevitable sacrificio de la vida.

Honra á los pueblos la muerte de esa *chusma*, demostración inobjetable del valor colectivo, y, por eso, ante la fosa común se inclinan reverentes los militares, alta la mano, en el quepis ó en el casco, para saludarse, y para derramar una lágrima de orgullo, cólera ó esperanza al tiempo de echar de un lado y otro la última palada de tierra sobre las cenizas recojidas en el campo de las hazañas comunes.

¿Quiénes cayeron de los húsares de Bredow en la «cabalgata de la muerte» de Vionville? Solo las madres ale-

manas lo saben. ¿Qué soldados franceses perecieron en Rezonville y Flavigny? Allí está el corneta lorenés sobreviviente que después de 35 años pastorea su rebaño de carneros, teniendo á la vista la serie indefinida de tumbas al borde de la vía de carriles de fierro de su tierra, para decir que peleó con aquella heroica *chusma* y que los nombres de los soldados no le eran conocidos.

En Arica, en la pequeña iglesia bandalizada por la sed de sangre de la *chusma* chilena sobreviviente el 7 de junio de 1880, hay una urna á la entrada, donde los chilenos de ahora encerraron los huesos de sus rotos desconocidos; en frente no existe la que los peruanos fabricaron para los caídos ignotos de la hora memorable.

La iglesia, sin la urna de soldados héroes peruanos y de oficiales que cayeron revueltos con ellos, produce el frío del vacío al visitante extranjero.

Así será la impresión que cause el Morro sin el cañón de Bolognesi, testigo mudo del aliento que animó á mil quinientos contra siete mil, en defensa de la bandera.

Los muertos no reconocidos en el campo de batalla, pertenecen á la tierra que los vió caer, como fructífera simiente de valor nuevo. Lo mismo corresponde decir de los cañones, instrumento de defensa de esos combatientes.

CARLOS WIESSE.

Magdalena del Mar, noviembre de 1905.

ALMA DE REDENCION

ANTE los sanos goces de tu infantil encanto,
ante tus ojos negros que nunca opaca el llanto
y ante tus labios rojos que ignoran el gemir,
mi corazón cansado de sus antiguas hieles
te pide tus amores más dulces que las mieles
y quiere con tus risas sus duelos compartir.

Mi espíritu abatido por viejas amarguras,
renace á la promesa de todas tus ternuras
y anhela una existencia de goces y de amor;
vivir bajo la sombra de tus oscuros ojos
y oír el evangelio de los amores rojos
que brota de tus labios como un rosal en flor.

Allí en el pueblo antiguo dormido entre las flores
dejar pasar las horas pensando en tus amores
como un tranquilo arroyo de dulce murmurar,
sentir como la vida serena se desliza,
vivir para las flores, vivir para la brisa
y así dejar que el alma se pierda en su soñar.

Ser alma, flor y beso; ser todo y no ser nada,
ser música en tus labios, ser sueño en tu mirada
y ser latido eterno sobre tu corazón;
hundirme en el encanto de tu alma placentera,

y ser eterno brote de eterna primavera
en esa intensa vida de sueño y de emoción.

Muy lejos del bullicio banal de las ciudades
huyendo de las tristes y viejas realidades,
estar aprisionado por una idealidad;
sentir en nuestros pechos como un dulzor de rosas
y ver como en las noches agrándanse las cosas
y ensánchense las almas en esa soledad.

Y mientras da su encanto la luna rosa y plata,
cantarte mis amores en una serenata,
tocando mi sonoro y antiguo bandolín,
como esos trovadores que al beso de la luna
decían á sus novias su amor y su fortuna
en medio del murmullo galante del jardín.

Hacer que mis inviernos se tornen en abriles,
volver á mis antiguos ensueños juveniles,
y ver brotar las rosas que sangra la pasión;
en esa vida quiero sumir mis desengaños,
vaciar me en la alegría feliz de tus quince años
y en vez de hoja caída volver á ser botón!

JOSÉ GALVEZ.

Magdalena, 1905.



José Santos Chocano

Foto Moral

SCIENTIA

¿SORPRENDIENDO EL SECRETO DE LA VIDA?

II

BIOS AFRODITA

La vida se formó en el seno de las aguas marinas. Como Venus, surgió de la espuma blanquísima que corona la cresta de las olas. Como la diosa del amor, es afrodita, nacida de la espuma. Por eso es, sin duda, tan fugaz, y se disipa al estallar una tras otra sus mil burbujas formadas de ilusiones.

La ciencia, siempre sedienta de luz, en sus esfuerzos por descifrar el misterio de las cosas, ha querido saber donde apareció el primero de los seres vivos, y acumulando hechos y aplicando todos los recursos de la investigación científica, ha creído llegar lo más cerca posible de la verdad en esta vía, oscura entre todas.

Hubo una época en que nuestro mundo estaba inhabitado. Salido del estado de incandescencia, enfriándose al vagar por los espacios siderales, se cubrió, al fin, de una corteza sólida, sobre la que se constituyeron los primeros mares, y la Tierra comenzó su ciclo planetario.

La vida no había hecho aún su aparición en esa época remotísima, ni podía existir sobre un planeta caldeado y en un medio hostil á su existencia.

Sólo mucho después se modificaron las adversas condiciones, descendió la temperatura y pudo la vida mostrarse en un punto dado de la superficie terrestre.

Ese paraíso, mucho más antiguo que el de Adán y Eva, donde la chispa vital lució sus primeros destellos, parecía perdido para siempre, sin que hubiera dejado la más ligera huella de su existencia en parte alguna del planeta. Para encontrarlo ha sido necesario, á falta de pruebas materiales, reconstituir el maravilloso escenario, cuna de la vida, mediante deducciones derivadas de las leyes biológicas.

Dos hechos fundamentales han servido de factores decisivos para la solución del enigma: el estudio de los seres vivos más rudimentarios y el conocimiento de las condiciones físicas de la vida.

Los primeros organismos vivientes han tenido que ser, por fuerza, de estructura sencillísima; simples grumos de esa materia similita, gelatinosa, que los sabios llaman *proto plasma* porque es la sustancia primordial de los seres vivos, y que, por ser común á todos ellos, é indispensable para las manifestaciones vitales, se considera como la *base física de la vida*.

Existen actualmente seres vivientes de simplicidad maravillosa, representantes anacrónicos de los primeros habitantes de la Tierra. Ejemplo de ellos son las *móneras* de Haeckel, organismos informes constituídos por una masa de protoplasma del volumen de una cabeza de alfiler, desprovisto de toda traza de organización, y que se considerarían como cuerpos inertes sino se les viera cambiar incesantemente de forma, trasladándose de un lado á otro en virtud de movimientos propios, nutrirse y reproducirse exactamente como los seres vivos superiores. Las *móneras* son seres marinos, han debido formarse en las primeras épocas de la vida, cuando los mares, calientes aún, acababan de constituirse sobre la superficie del planeta recién solidificado.

Tan humildes organismos nos hacen ver lo que la vida fué en sus comienzos: simple agitación producida en las intimidades de un corpúsculo gelatinoso de protoplasma. Las *móneras* son el tipo de la simplicidad entre los seres vivientes; por eso es que se les asigna el rol de primeros en la serie cronológica de los seres vivos. Pero, como están dotados de individualidad, puesto que forman masas de un volumen determinado, que no pueden sobrepasar sin dividirse, y esas masas hacen vida independiente, ha querido buscarse un sér vivo, aún más humilde, privado de esta personalidad, que ya es un signo de perfeccionamiento.

Dos sabios ingleses, Carpenter y Wyville Thomson, en una ex-

curción científica á bordo del barco «The Porcupine», descubrieron en 1868, en el limo extraído de los fondos oceánicos, á profundidad de 8.000 metros, una especie de jalea que manifestaba movimientos muy lentos, al parecer propios. Esta jalea forma en el fondo marino una capa continua, es decir, que no afecta un volumen determinado, estando, por consiguiente, desprovista de ese carácter considerado como fundamental para los seres vivos, que los sabios llaman la *limitación de la talla*. Esta sustancia gelatinosa tendría la facultad de agrandarse indefinidamente, de suerte que, si se separa un fragmento y se le coloca en el fondo de una vasija llena de agua de mar, se le verá crecer sin cesar hasta ocupar, al cabo de un tiempo mayor ó menor, una gran porción del fondo de la vasija. Estudios posteriores demostraron que extensas zonas del fondo del Atlántico estaban tapizadas de esta singular sustancia, que mereció de Huxley, naturalista inglés de gran renombre, la denominación de *Bathybius Haeckely*. *Bathybius* significa «sér de los abismos» y en cuarto al nombre específico, se le dió en recuerdo del sábio alemán Haeckel que había descrito las *móneras*.

Este descubrimiento produjo gran sensación y originó la curiosa teoría del filósofo Oken, según la cual todos los seres vivos tendrían como antepasado á esta sustancia primitiva, de la que se desprendieron, en época lejanísima, las primeras individualidades vivientes, y que aún existe en el fondo del mar, en espera de condiciones apropiadas para dejar desprenderse de su masa nuevos seres independientes, originarios de la fauna y la flora futuras.

Estudios nuevos hacen pensar que el *Bathybius* no representa un sér indiviso, sino una colonia de *móneras*, aglomeradas en el fondo oceánico por causas desconocidas. Es más lógico suponer que la materia orgánica se constituya en pequeñas masas vivientes distintas desde los albores de la vida.

Sea de una ú de otra manera, lo cierto es que todos los seres de organización humilísima son acuáticos y que, por consiguiente, lo fueron los primeros que aparecieron sobre el planeta.

Más aún, estudiando el gradual perfeccionamiento de los organismos animados, se ha visto que llegados á cierto grado de progreso y cuando adquieren un volumen apreciable, necesitan no sólo nutrirse por su superficie, sino hacer llegar á su interior el agua del mar cargada de elementos necesarios á su actividad. Forman entonces repliegues, senos ó fondos de saco, dentro de su misma masa, ó toman una estructura alveolar, es decir, llena de cavidades internas. Si el perfeccionamiento continúa, esas cavidades internas cierran su comunicación con el exterior y forman un sistema circulatorio, lleno de un líquido salado que primitivamente fué agua de mar y se ha hecho luego un *medio interno*, en el que se bañan las células, conservando así su carácter de elementos marinos. Quinon ha demostrado que el medio interno de los invertebrados marinos está constituido por agua de mar que penetra en el organismo, sea directamente ó sea por osmosis.

A medida que el perfeccionamiento de las especies animales se acentuaba, el medio interior se hacía más complejo, al mismo tiempo que la necesidad de la mayor cantidad de oxígeno, indispensable á la intensa vida de los animales superiores, hizo aparecer los órganos respiratorios aéreos. Fué ese el momento en que los animales acuáticos se hicieron terrestres. Pero llevaban en su interior una masa de agua marina, en la que estaban sumergidas la células, que aunque modificada hasta transformarse en sangre, no por eso deja de ser un mar en pequeño.

Esto prueba que no solamente todos los organismos vivien-

tes somos de origen pelágico, descendientes de seres acuáticos, sino que, además, somos todo animales marinos y nos diferenciamos de los que así se llaman, únicamente en que éstos viven dentro del mar, que les sirve de medio ambiente, mientras nosotros llevamos en nuestro interior, encerrado dentro de nosotros mismos, un mar ardiente y rojo, tal vez más agitado y tormentoso que el océano.

Así pues, la vida, como Venus, nació en el seno de las aguas marinas; surgió de la espuma, formada al embate de las olas, Bios afrodita.

¿Pero dónde tuvo lugar tan prodigioso alumbramiento? Para descubrirlo, recordemos una vez más lo que era la Tierra en su primera época planetaria, cuando los mares, recién formados, se mantenían á temperaturas demasiado altas para que en su seno pudieran vivir seres organizados. Al enfriarse el planeta, descendió también la temperatura del océano, pero no lo hizo de manera uniforme. Fueron los mares ecuatoriales caldeados, no sólo por el fuego central, sino, además, por los rayos perpendiculares del sol, los que más tiempo se conservan hirvientes é inhabitables. Al contrario, en los mares polares la temperatura, sostenida únicamente por el fuego interno del planeta, descendió, antes que en las zonas torridas, hasta hacerse compatible con las necesidades físicas de los seres animados, y la vida pudo entonces entrar en escena.

Cuando se examinan los restos fósiles de seres vivos en el fondo del mar, se advierte que estos son mucho más abundantes en las proximidades de las orillas ó en los bajo-fondos que

en las grandes profundidades alejadas de las costas. Hoy mismo se advierte mayor número de animales y plantas marinas en las cercanías de la tierra firme ó en los sitios en que el mar tiene escasa profundidad. Esta circunstancia es, pues, común á los seres vivientes actuales y á los primeros que existieron y que hoy se encuentran al estado fósil. Es lógico deducir de este argumento que fué en un mar poco profundo, á inmediaciones de la costa, donde apareció la vida, y no en pleno océano lejos de los continentes.

Fué, por consiguiente, en el polo y cerca de una costa donde Bios surgió de las ondas marinas. ¿En cuál de los polos? No pudo ser en el austral, formado al parecer por un gran continente inexplorado, sino más bien en el polo norte, cubierto por las aguas, á las que rodea una cintura de continentes é islas. Fué en ese océano, hasta hoy inaccesible al hombre, donde se produjo la gestación y el alumbramiento del primer germen viviente. Allá está situado el paraíso de la vida, y de igual manera que el primer hombre fué arrojado del paraíso terrenal, donde no debía volver jamás, la vida fué expulsada del polo, sin que allí quedara de ella más que los restos fósilizados de los seres que en otra época poblaban sus mares y llanuras, hoy cubiertas de nieve. En la puerta del eden se colocó un ángel con una espada de fuego para impedir el regreso de la pareja expulsada. Una cintura de eternas nieves, inaccesible, infranqueable, rodea el polo, impidiendo el regreso de la vida al paraíso que la vió nacer.

M. O. T.

Lima—1906.

HUMORADAS

El amor es un himno permanente
que, después que enmudece el que lo canta,
otra nueva garganta
lo vuelve á repetir eternamente.

Resígnate á morir, viejo amor mío;
no se hace atrás un río
ni vuelve á ser presente lo pasado.
Y no hay nada más frío
que el crater de un volcán, si está apagado.

Poniéndose y quitándose alfileres
hacen sitios de Troya las mujeres.

Los mortales son siempre los mortales.
Y en el mar, y en la tierra, cerca ó lejos,
los juegos de los niños son iguales,
como lo son los sueños de los viejos.

Se oye á los seres que nos son queridos
poniendo hasta en los ojos los oídos.

Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo:
lo que no sé expresar cuando te canto;
lo que yo sé sentir cuando te veo.

¿Qué placer hay tras el amor primero?
La devoción, que es nuestro amor postrero.

La conciencia, al final de nuestra vida,
sólo es un laberinto sin salida.

La gloria vale poco ante la historia:
pero ¿vale algo más lo que no es gloria?

Con tal que yo lo crea
¿qué importa que lo cierto no lo sea?

La que ama un ideal y sube.... y sube....
suele morir ahorcada de una nube.

¡Quién de su pecho desterrar pudiera
la duda, nuestra eterna compañera!

A todo va la inmensidad unida:
si entre el ser y el no ser media un instante,
tiene el punto presente de la vida
un infinito atrás y otro adelante.

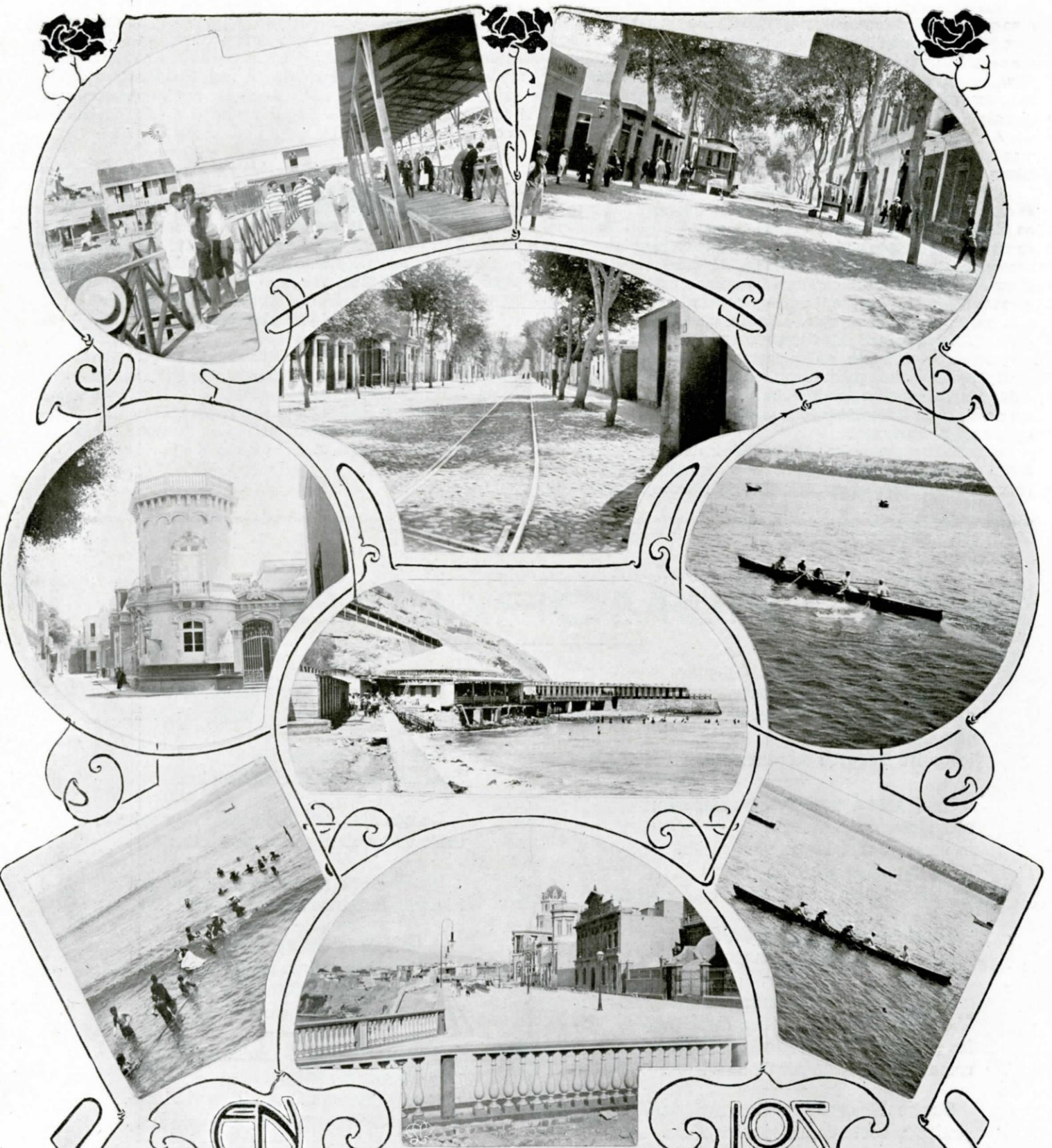
Aunque huir de ella intento,
no sé lo que me pasa,
porque yo voy donde me lleva el viento,
y el viento siempre sopla hacia su casa.

En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

Se casó ayer, y hoy por cualquiera cosa
apuesta la cabeza de su esposa.

La amo poco, es verdad. Mi alma rendida
¿á quién dirás que adora?
A la muerte, la sola poseedora
de todos los descansos de la vida.

CAMPOAMOR



LOS BALNEARIOS

La leyenda del caucho



(FRAGMENTOS)

IV

Dos días más de *trocha* por la espesa montaña, jadeantes, nos conducen á una aventura extraña. Calma incesante lluvia; del suelo humedecido un vapor se levanta que todo lo ha invadido, y los árboles pierden sus contornos esbeltos pareciendo fantasmas en sábanas envueltos. Con el caliente vaho, de los fangales brota el *cuac, cuac* de los sapos; esa porfiada nota con que al dios de la lluvia entusiasta celebra el batracio, enemigo de la vivaz culebra entumecida ahora; nota alegre que estalla cuando todo en el bosque tiembla, se encoge y calla.

De pronto, á nuestro frente, dominando el ruido de los cantores sapos, se oye agudo silbido y casi al mismo tiempo, diez indios musculosos por entre la hojarasca medio asoman, curiosos. Juan, con la mano indica que nos estemos quietos; ágil, tranquilo, avanza sobre aquellos sujetos y háblales un idioma por mí jamás oído, que algo tiene de canto, de estornudo y ladrido. —*Jacchi! Jacchá!* contestan los indios, levantando las manos y los ojos como confianza dando, y Juan vuelve á nosotros para decirnos quedo: «Éstos son *catuquinas*; no hay que tenerles miedo!»

Con las salvajes tribus son de paz los tratados más sencillos á veces que entre civilizados. Por seis viejos machetes y por dos carabinas Juan la amistad negocia con estos *catuquinas*, que no muy lejos tienen sus míseras casucas orillando un sembrío de plátanos y yucas. Tal amistad codician los honrados *caucheros* que así, en seguro, explotan el bosque años enteros, al revés de esos otros traficantes mentidos, que la raya peruana traspasan cual bandidos; de esos hasta hoy impunes extranjeros mulatos que viven de continuos robos y asesinatos.

Me parece mentira verme entre indios desnudos, sin probar de sus flechas los arpones agudos. ¿Habrán exagerado la maldad de estos seres, ó á todos no distinguen los mismos caracteres?..... La verdad ya veremos sin fábulas mezquinas; mientras tanto, sigamos á nuestros *catuquinas*. Cuán singular efecto producen sus cabañas! Semejándose muchas á un parasol de cañas, no ostentan muro alguno sino cónico techo sostenido con gracia, por sólo un pie derecho, que en su base rodean esteras mal tejidas donde las indias yacen como gatas dormidas.

Al vernos, se incorporan las perezosas gatas y un rayo de sorpresa brilla en sus frentes chatas.

No se pintan el rostro cuya expresión perspicua acentúan los ojos, negros, en línea oblícua; ojos que transparentan toda el alma salvaje, más desnuda que el cuerpo, límpida en el visaje, y que mostrar no puede con verdad y energía sino el amor y el odio: nunca la hipocresía..... Este rostro se encuadra en una amplia melena del color de los ojos, y que la espalda llena, pronunciando unos hombros bien modelados, puros, y unos redondos pechos, como los hombros, duros.

V

Naturaleza quiso que en la mujer más fea algo hubiese atractivo; y á la brutal ralea confinada en el bosque, no negarle podía un femenino encanto del sexo en armonía. Si de la india joven nada hermosa es la cara, rasgos tiene en su cuerpo de una belleza rara. Así lo estoy leyendo en los abiertos ojos de mis dos italianos, que, aunque han llegado cojos, reaccionan al Arte, y en su idioma elocuente cambian frases que anuncian en entusiasmo ardiente. Procuran bien erguirse, y oigo esta franca nota de Giuliani á Antonini: «*Venus de terra-cotta!*»

Niños, mujeres y hombres que no llegan á ciento, forman toda la tribu que nos da alojamiento. *Chiroc*, el indio jefe, es un alegre anciano que ya sabe con brío dar al huésped la mano, fuera de otras costumbres, muy civilizadoras, como pegar los labios á nuestras cantimploras. Después de estos primeros signos de su cultura, nos obsequia con plátanos y una chalona oscura, tiesa, que de su gusto no habla mucho en abono, y que tras breve examen resultó ser de mono! Yo que he leído á *Darwin*, lejos aviento el mico, pero alguien lo recoge, clamando: *¡si es tan rico!*

Puede ser el tal mono, un famoso bocado, mas, nunca en mis hambrunas del bosque, lo he probado, pues, aun sin importarme lo que diga la ciencia, de allí al canibalismo casi no hay diferencia.... Juan se frota las manos y lleno de alegría me dice: «Es necesario guardar buena armonía «con estos pobres indios que se imponen deberes «siempre que no nos pillen tentando á sus mujeres... —«Para impedir aquello, respondo,—estoy armado!» Formo al punto á mi gente, del peligro avisado, é improviso un discurso del más bárbaro estilo que acaba así: «Al que incurra en eso..... ilo fusilo!»

Bien me entienden mis cholos, pero, mejor parece entenderlo al cacique. Cuando ve que anochece, junta las indias mozas en torno á su figura y se interna con ellas dentro de la espesura.....

Antonini y Giuliani, míranse cohibidos,
envuélvense en sus mantas y se quedan dormidos
soñando en la fortuna que esta América guarda
á los bravos como ellos, que el sufrir no acobarda;
ó tal vez, si soñando en cosas menos reales,
como son los artísticos, púdicos ideales
que Italia, su fecunda madre, jamás agota
en estatuas de bronce, mármol..... y *terra-cotta*.....

VII

Silenciar no es posible, aquí, cierto incidente
que habla de mi persona muy poco honrosamente,
y por el que, en justicia, debí ser fusilado
á cumplirse las leyes que yo mismo he dictado.
Mishka, una jovencilla de musculosas piernas
y de intrépidos ojos que arden como lucernas,
ha dado en la costumbre de arrojarnos semillas
y cuanto á mano encuentra, observando á hurtadillas,
desde un espeso monte, donde se oculta, luego.....
Quiero brusco, una tarde, interrumpir su juego,
pero llega con gritos en su venganza loca,
hasta sacarme sangre de un mordizco en la boca.

¿Qué veneno hay en *Mishka*?..... Vípera en su coraje
me ha inoculado el virus de la pasión salvaje.
No sosiego un minuto ya desde aquel momento
y me olvido de todo..... Vago en el campamento
como la bestia enferma, buscando con los ojos
á *Mishka*, á la indiezuela causa de mis antojos;
y ella, que me ha mordido porque besar no sabe,
tiene hace varios días continente más grave.
Sin hablar, con el gesto, suele expresar mil cosas
que pueden no ser santas, pero que son hermosas,
con aquella hermosura, grande, cálida, fuerte,
una en todas las razas..... isuperior á la muerte!....

No es de mi sangre sólo la fiebre nueva en que ardo.
Puede en ella haber mucho de grosero y bastardo,
pero, algo hay también puro, algo de compasivo
por un sér á las veces, áspero y sensitivo,
que pugna desde el fondo de su barbarie inmensa,
por alzarse hasta un hombre que la acaricia y piensa.....
Tierna al fin, porque olvide sus dientecitos duros,
Mishka me ha regalado su collar de *huairuros*.....
Su collar!..... Nunca el indio del talismán precioso
se desprendió por nadie..... Rasgo más generoso
cabe en humano pecho?..... Si este amor es salvaje,
no hay por las finas muestras amor que le aventaje!

Fueron de la montaña mis horas más felices
al pie de un regio *bómbax* cuyas gruesas raíces
como otros tantos árboles, juntándose en la altura,
dejan abierto un claustro lóbrego, de verdura.
Allí, bajo ese techo de extrañísima forma
que evoca los misterios y los druidas de *Norma*,
con ansia yo esperaba á otra vestal arisca
de los misterios bárbaros..... Llegaba siempre *Mishka*
con el ligero paso de cervatilla agreste,
olfateando el espacio, temiendo de su hueste
ser sorprendida acaso, pero, resuelto el modo,
como uieqn sabe á un punto, sacrificarlo todo....

Sigue una viva escena, en que, para adelante
ella los brazos tiende, no con impulso amante,
sino esquivando el núbil seno que late á prisa.
Reverberan sus ojos, una vaga sonrisa
vende apenas el flaco de sus entrañas rudas,
y solo ante mil tiernas demostraciones mudas,
acaba lentamente por doblar la cabeza
recostándola en mi hombro.... No hay femenil braveza
ni flor en la montaña, libres de su bochorno.....
Mariposas azules vuelan zumbando en torno,
y en ese verde claustro que el sol baña indeciso,
sé por la vez primera lo que es el Paraíso....

VIII

Despierto una mañana lleno de sobresalto
oyendo á varios indios que discuten en alto
con otros muy pintados y del más rudo acento
que hasta ahora, no he visto nunca, en el campamento.
Son los recién venidos, *capanaguas* feroces
que nada bueno anuncian con descompuestas voces.
Llevan arcos y flechas, visten la larga *cushma*,
y parecen enviados de la guerrera chusma
que merodea y caza por las selvas vecinas
donde tienen sus chácaras los pobres *catuquinas*.
Chiroc, tímido sigue los bruscos ademanes
de un jefe que usa plumas de *tunquis* y faisanes.

De lo que el indio dice, pronto Juan nos entera.
Digna es de traducirse alocución tan fiera:
—«*Chiroc*, viejo cobarde; la vergüenza has perdido.
«A estos hombres te entregas, cuando solo han venido
«á robarse lo tuyo, á devorar tus siembras,
«á embrujar á los niños y á corromper tus hembras.
«Si es que les tienes miedo, si no puedes matarlos,
«no imbécil te condenes, *Chiroc*, á alimentarlos.
«Éstos hombres son brujos; ellos traen la *virola*
«que hincha y mata á los nuestros; y hablan lengua *hispanola*
«que es la lengua del diablo.... Mira pues, si los dejas,
«antes que á ti y los tuyos cortemos las orejas....»

Era mucha en los bosques nuestra buena fortuna
para ser duradera. No sin alarma alguna
juzgué del *Capanagua* la intimación que hacía
mirando á nuestras armas, como quien ya sabía
oponer á sus rayos abrigo en la maleza
desde la cual el dardo parte con gran destreza,
sin que denuncie al indio ese humo blanco, hermoso,
del no siempre certero fusil estrepitoso.
Iba, pues, á seguirse á la anterior confianza,
un estado diverso, de cólera y venganza.....
Pensé en que hay que amoldarse de la suerte al capricho.
¿Lucha no es la existencia?... pues á luchar se ha dicho!

Al fin, los *capanaguas* emprenden marcha pronta
haciendo molinetes con sus arcos de *chouta*,
y lejos ya, se paran, como en ritual sabido,
enviándonos un canto que parece un bramido.
Chiroc, á la distancia, con otro viejo, á duo,
ensaya varias notas á imitación del buho,
tras lo que á mí se vuelve con risueño visaje
y otras demostraciones seguras, de homenaje.

Pero, Juan que los bárbaros conoce á maravilla, dícame: «Señor Pablo, se quemó la tortilla; están nuestros aliados, temerosos, inciertos, y hay que dormir ahora con los ojos abiertos!»

La mitad de mis hombres tengo en gira obligada por la orilla del río que nos sirvió de entrada, y en la ocasión riesgosa, somos apenas nueve firmemente ocupados en la extracción del jeve. Echo también de menos al armero Godínez y los dos italianos que andan por los confines del bosque, en una empresa que su codicia exalta. Para ser millonarios creen que poco les falta, porque de cuarzo aurífero, con algunos terrones, dieron en un riacho de las inmediaciones. Presto, aviso les mando de lo que ocurre, y, presto vuelven los millonarios con alarmado gesto.

IX

En la noche celebran nuestros buenos aliados un consejo al que asisten todos embriagados. Forman rueda en cuclillas, á una espaciosa hoguera que alimentan con hojas y troncos de palmera. Entre la densa sombra, aquella roja mancha ya exígua empalidece, ya su círculo ensancha, llevando temblorosos, fantásticos reflejos hasta los negros árboles que se pronuncian lejos. Una danza continúa, un movimiento hay loco de chispas, en la hoguera cuyo esplendente foco vela una epireumática, espesa y blanca nube de humo que se retuerce y crepitando sube.

Las caras de los indios cobran tintes bermejos y sin moverse aguardan horas y horas, perplejos, la aparición de *Tute*, de su patrono el Diablo á quien todos distinguen por solo este vocablo. ¡*Tute!* dice el más viejo, y los demás repiten la invocación, muy quedo. No hay temor de que griten, porque está en sus misterios que cuanto más despacio se le llame, á la cita *Tute* es menos relacio. Los *catuquinas* claman á su señor, rendidos, con voces, pues, ahogadas, que parecen quejidos, y la fe del salvaje no es allí diferente; á la fe de otros hombres, porque se postra y siente!

Siente la dependencia de su ser miserable, de algo fuera del mundo, grandioso, inexcrutable; de algo que no impresiona los humanos sentidos sino cuando éstos yacen torpes, adormecidos, —en el único estado que pueden, suavemente, soportar sin fundirse, la universal corriente: esa elástica fuerza de imperceptibles rastros que sacude á la hormiga lo mismo que á los astros, y en la terrestre vida, por su apariencia adusta, al sabio desconsuela y al ignorante asusta, pero, que al fin, con vagas, simples revelaciones, alimenta en el mundo todas las religiones.

El bárbaro influído por un grosero encanto, ve lo mismo que ha visto en su éxtasis el santo: una señal de muerte, un resplandor divino,

cualquier cosa que mezcla fatal á su destino y que engendro ser puede de fantasía loca, ó realidad que al hombre verificar no toca. Reales son las visiones de históricos empeños, las sombras vengativas que turban tantos sueños; realidad son mil cuerpos que escapan á los ojos; el rayo *ultra-violeta*, los tenues *infra-rojos*: realidad es el alma, y su exquisita esencia, no existe para muchos en la propia conciencia!

Budha, Cristo, Mahoma, con sus recursos mágicos han envuelto el planeta en resplandores trágicos. Otros magos menores, allá, en incultas tierras, precipitan las tribus á semejantes guerras, y no hay rincón del mundo en donde al exterminio no preceda el conjuro, el ruego, el vaticinio de una deidad cualquiera que habla, ya de la altura, ya del monte sagrado, ya de caverna oscura, y hasta del templo hermoso que como el áscua brilla en la ciudad cristiana..... Ah! la gente sencilla que acurrucada miro en torno de una hoguera, no es inferior á nadie cuando á su dios espera!

X

—*Tute! Tute!* repiten con voz lenta y gangosa los ebrios *catuquinas*. Todo calla y reposa en el bosque. La luna afilada, en menguante, parece entre albos cirrus un morisco turbante. Fuera del ancho círculo que con sus llamas besa el hogar, á distancia la sombra es más espesa. Surge de vez en cuando, un enorme vampiro de esa lejana sombra: revuela en tardo giro sobre el altar de *Tute*, chisporroteante emblema del amor de los indios, y sus alas no quema, descendiendo el noctulio hasta la llama, un tanto, como ficción diabólica del espíritu santo....

Y entonces, al contacto del animal inmundo, se realiza el prodigio..... Mueren en un segundo las agitadas llamas; por todas direcciones abátese la pira de gastados carbones, y una roja penumbra sucede á los brillantes resplandores de incendio que dominaron antes. En ese ambiente cálido, flotan bandas plumizas; dispersos nubarrones de humo, tierra y cenizas, á los cuales el indio que, casi, allí se ahoga, con ojos lacrimantes y fijos, interroga, no dudando un momento de que entre aquella masa caótica, el demiurgo de sus terrores pasa....

El brujo de la tribu á perseguir empieza una sombra impalpable. Vuelve con ligereza por diferentes puntos: salta como un felino y los puños en alto, toma luego, el camino que lo conduce al bosque.... Mudos, fieros, jadeantes, síguenle, aunque de lejos, los demás oficiantes, y pronto desaparecen uno á uno, entre el fondo negro de la espesura.... *Tute*, allí en lo más hondo, va á decidir la suerte, no de los *catuquinas*, sino de los *caucheros*,—almas bajas, mezquinas, que ni de Dios ni el Diablo cuidan en sus excesos, y buscan trabajando, solo unos cuantos pesos!

El Señor de los indios siempre rudo y celoso, esta vez, sin embargo, fué misericordioso. No despidió al amigo con traidora asechanza, sino fijando el simple término de la alianza. Cuando el sol matutino sobre las hojas bellas hizo explosión magnífica de doradas centellas, no había en nuestro campo, bárbaro ya, ninguno. Todos ¡ay! renegaron del amigo importuno,

y huyeron de nosotros cual de apestadas gentes..... Tal conducta no extraña: es la de los *prudentes*, que obran en todas partes con un talento mismo, abandonando al hombre que se cree en el abismo.

CARLOS G. AMEZAGA.

Lima—1°06.

IMPRESIONES DE VIAJE

SAN FRANCISCO--HONOLULO--SYDNEY

SON las once y media de la mañana. El «Sonoma» *liner* de seis mil toneladas comienza á soltar las amarras que le sujetan al muelle. Llegan á mis oídos mil sonidos diversos: son voces de mando; adioses en voz alta, coches que ruedan sordamente sobre el entarimado, trayendo á los últimos pasajeros y sus maletas; vendedores de periódicos y revistas; floristas que ofrecen su perfumada mercancía, y, lo más original de todo, una melodía coreada de profesionales que despiden á una pareja de recién casados: es la marcha nupcial de Mendelsohn, tratando de imponerse sobre los mil ruidos confusos que acompañan la partida de un vapor.

Por fin nos ponemos en marcha. El «Sonoma» se desliza paralelo al muelle, con la suavidad de un carro sobre rieles. Hay como dos mil personas que nos despiden: amigos, parientes y curiosos desocupados. A medida que el vapor avanza van apareciendo cientos de pañuelos, desde aquel de la más fina batista de la aristocrática dama, hasta el de yerbas del sombrero *coolie*. A este saludo respondemos de abordó en la misma forma, y no se pasa menos de un cuarto de hora en este movimiento de brazos, que, contemplado de alguna distancia, debe producir el efecto de una conversación de sordomudos por señas de novísimo estilo.

Ya no vemos nada del muelle y comenzamos á navegar en dirección á la Golden Gate (Puerta Dorada). Se dió este nombre á la entrada de la bahía de San Fran-

cisco en los tiempos en que la fiebre del oro atraía hacia las costa de California la más variada de las inmigraciones. Hoy podría llamarse la Puerta Florida, porque los habitantes de ese gran estado de la Unión han convertido en huertos y jardines los resecos arenales que lo formaban. Hoy ocupa el lugar del rancho del minero el palacio del opulento. La transformación de California me hace pensar en lo que podría llevarse á cabo en nuestros desiertos, si llegase hasta ellos el agua fecundante de las sierras.

Continuamos saliendo. A nuestra derecha se hallan anclados varios poderosos cruceros de la flota norte americana. Distingo entre ellos al «Yowa», cuyas cubiertas recorrí hace años en el Callao, guiado por el teniente Maccarty. A nuestra izquierda quedan los muelles, atestados de buques de vela y de vapor. Por encima de los mástiles distingo el Cliff House y los jardines de Sutro. Más allá, allá asoma su verde cabellera de árboles el Golden Gate Park, una de las maravillas de San Francisco. Tiene una superficie de seis mil hectáreas, y hay que



SAN FRANCISCO—Golden Gate Park

recorrerlo en coche ó á caballo. He visto allí docenas de mujeres cabalgando á la manera de hombres, con la falda dividida.

Nos encontramos ya en pleno océano. Las gaviotas de San Francisco nos han dejado á la entrada de su bahía, y enderezamos la proa al Sur con dirección á Honol-



SAN FRANCISCO—Clases spreckels building

lulo. Lo último que veo de la gran ciudad es la cúpula del Call Building, edificio de dieciocho pisos en cuyo tope hay un restaurant. En él comí ayer, cerca de las nubes.

San Francisco es la ciudad alegre por excelencia, tan alegre como París; es la ciudad de los restaurantes innumerables y grandiosos. Hay allí familias que no conocen ó no soportan aquello de lidiar con cocineras; comen en la calle y, en general, tratan de vivir libres de la tiranía de las mozas de servicio.

Los cafés-conciertos son también abundantísimos. En ellos se cena de todo y, principalmente, tamales, tal y como los conocemos en Lima, de pichones y gallina, aunque por Market Street se susurra que el relleno es, por lo general, de gaviota: una broma, por cierto.

Al caer del sol hemos perdido de vista la costa y en la noche cortamos el seno misterioso del gran océano de Balboa.

Los cinco días de travesía entre San Francisco y Honolulu fueron muy interesantes. Disfrutamos de la compañía de unas quince *misses*, que iban, ostensiblemente, á conocer los palacios y jardines de la ex-reina Liliucalani, y en busca de novio, según la opinión autorizada de algunas viajeras solteras. Nos tocó mal tiempo: mar gruesa, lluvia y ventolina; pero á pesar de todo, las veladas eran agradables en el salón del «Sonoma». Las declamaciones, la música y el canto se sucedían sin interrupción hasta el momento de descender al caluroso recinto de los camarotes.



En las primeras horas de una hermosa mañana tro-

pical avistamos el puerto de Honolulu, en la isla de Oahu, una de las ocho mayores que constituyen el grupo del Hawaii.

El mar está azul, no con el azul intenso de las grandes profundidades oceánicas, sino con ese azul claro, alegre, transparente de las costas tropicales. Llega desde tierra una brisa embalsamada, como si fuera la bienvenida cariñosa de la isla á los viajeros que han desafiado la furia de los vientos y las olas por contemplar la verduza de sus planicies y eminencias.

Mucho había oído acerca de los primores de la isla, y las descripciones que de ella había escuchado abordo, correspondían sin discrepancia á la realidad. Desde la ribera del mar la llanura se extiende, como un manto de esmeralda, hasta la falda de los montes, cubiertos á su vez, en todo tiempo, de una vegetación tropical exuberante. En las laderas y en las cumbres crecen los esbeltos cocoteros, á cuya sombra florecen grandes flores rojas y amarillas: la Ponciana Regia, la Bongonvillaca y el Golden Shower. Un chal, un inmenso chal en que alternasen, armonizando, los colores más vivos, daría una pálida idea de esa vegetación fantástica.

De Honolulu, tan cercado de huertas y jardines, podría decirse que es una novia vestida eternamente de gala.

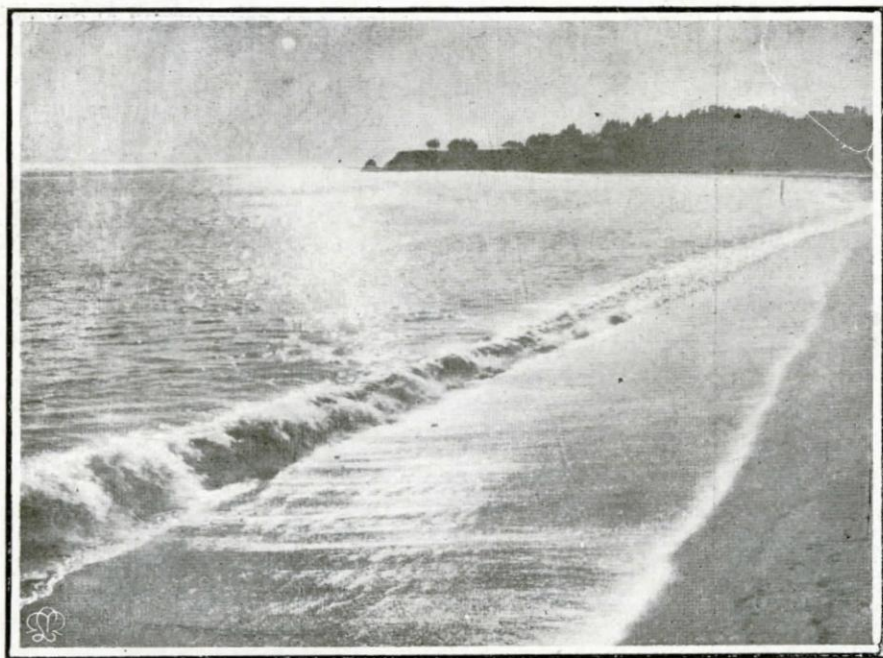
Un carro eléctrico nos llevó á la cumbre de un monte, al lugar de las casitas japonesas, donde graciosas niponas envueltas en seda, sirven un té esquisito en receptáculos tan frágiles como si fueran hechos de pétalos de flor. El mismo carro nos conduce á lo largo de una avenida de quintas hasta el hotel «Moana»; de allí pasamos al Aquarium, donde se conservan los peces de los colores más raros y las más caprichosas formas. Los hay azules con listas amarillas, amarillos listados de azul, y unos rojos, y otros verdes, y algunos que centellean con todos los colores del arco iris.

Del Aquarium fuimos á dar al museo de los antiguos reyes. Allí, entre mil curiosidades del arte indígena, pudimos admirar un manto real confeccionado de diminutas plumas amarillas y avaluado en diez mil libras esterlinas.

Honolulu, después de la anexión á los Estados Unidos, ha crecido notablemente y se ha modernizado. Hay allí hoteles que ofrecen al viajero tantas comodidades como cualquiera de los de New York ó San Francisco.



HONOLULU—Vendedoras de flores



EN EL PACIFICO—Efecto de luna

Por su situación, Honolulu llegará á ser, en un porvenir no lejano, uno de los principales puertos del mundo. Se allá equidistante de América, Asia y Australia, y el comercio hará de él un centro de distribución. La exportación principal del Hawaii es el azúcar. La producción de este artículo alcanza á cuatrocientas mil toneladas anuales.

Nuestra jira por la ciudad terminó á las tres de la tarde. Una vez abordó, pudimos constatar una costumbre única de origen inmemorial. Desde horas antes de la partida de un vapor, hombres, mujeres y niños del lugar, cargados de sartas de claveles, de rosas y flores raras propias del suelo, invaden las calles adyacentes á los muelles y los muelles mismos, ofreciendo por una moneda de plata tan perfumado tesoro. Ningun viajero osa eximirse de cumplir con con la costumbre, y *derrocha* unas cuantas pesetas en *leis*, que se colocan á manera de collar, y, además, en el sombrero, en los brazos, en la cintura—donde se pueda; de tal modo que una rubia *miss* así ataviada, presenta al pasar por la cubierta el aspecto de un hermoso y animado jarrón de flores.

☆

Hemos dejado atrás á Honolulu y continuamos navegando al sur, buscando todas las noches en el cielo la constelación de la Cruz, que ha sido trasladada á la bandera australiana.

—¿Cuántas estrellas tiene?

—¿Cuántas debería tener?

Esto escucho al dar una vuelta por la cubierta, y continuo paseando, con el pensamiento fijo en la Cruz del Sur, que no logro ver en ninguna parte, por hallarse muy encapotados los extensos campos estelares.

Nuestra próxima escala es Pago-Pago en el grupo de Samoa. Allí el gobierno americano ha extendido su bandera estrella sobre unos cuantos centenares de indígenas, á quienes protege dejándolos en la libertad de vivir como les venga en gana, es decir, como lo hacían antes de que tuvieran protección alguna.

Estos isleños se dedican á la preparación de la *copra*, la cual consiste en secar al sol la comida de los cocos grandes, producto que una vez embalado se exporta á los mercados de América y Europa donde su demanda es grande. Dicho artículo sirve tanto para hacer aceite como para la elaboración de pastas y confituras.

Puesta la planta en tierra firme, viajeros y viajeras, fuimos conducidos hasta una choza de grandes proporciones donde iba á realizarse la danza indígena llamada «Hulla». Nos sentamos sobre petates que descansan en guijarros de la playa, asiento higiénico, tal vez, pero algo duro. Las bailarinas son seis. Llevan el busto cubierto de flores, y de la cintura á la rodilla las cubre una falda de tela más ó menos transparente. El baile que consiste en levantar y bajar los brazos, y en dar pataditas

sobre el petate, se ejecuta al compás de una canción monótona expelida de veinte gargantas destempladas. El canto termina en aullidos y las bailarinas ponen fin á sus piruetas, alargando la mano para una segunda cosecha de monedas; la primera se habría llevado á cabo al comenzar el zapateo.

Como ninguna *miss* ha dicho «shocking» ante el espectáculo, los hombres no nos creemos autorizados para manifestar en voz alta nuestra opinión, y bebiendo leche de coco, muy refrescante por cierto, emprendimos el regreso al vapor. La tribu entera nos acompaña, y notamos que hombres y mujeres llevan el pelo, que es naturalmente negro y ensortijado, teñido de rojo y adornado de flores. El efecto de ese tocado sobre caras más ó menos bronceadas ó negras es, por supuesto, detestable.



Señorita ROSA CUMMING
hermosa joven de la sociedad de Sydney



Srta. RITA BROUGHTON

linda joven de Sydney que hace este año su aparición en la sociedad de Sydney



Srns. SWEETLAND Y SEFTON.

hermanas, dos bellezas prominentes en la sociedad de Sydney.



Sra. SEFTON.

reconocida belleza de Sydney, que me á su hermosura un trate encantador.

¡Otra vez á navegar! Una semana más de bamboleos, de lluvia de truenos y de calor, y estamos en Auckland, en Nueva Zelandia.

Nuestro arribo coincide con el estreno de un tranvía eléctrico, y allá nos vamos recorriendo los campos y colinas de esta Suiza austral, de clima templado y perdurable verdura.

La ciudad cuenta cerca de setenta mil habitantes, y en sus calles y edificios se ve que ha puesto su sello de poder y de grandeza aquella raza anglo-sajona que nada ha descubierto y que, sin embargo, posee todas las tierras que ayer fueron desconocidas del europeo.

Al pisar el suelo de esa tierra austral acudió á mi memoria el final de un parrafo de Macaulay en que refiriéndose á la institución del papado dice: «y continuará siendo grande y respetada, cuando el viajero de Nueva Zelandia, apoyado en un arco roto del puente de Londres, dibuje las ruinas de la catedral de San Pablo.»

No me hice cargo del número de habitantes, de la belleza y de la importancia comercial de Auckland, que apenas contará cien años de existencia, sin experimentar cierto sentimiento de tristeza, recordando que nuestras ciudades, apesar de haber disfrutado de una vida más larga, no progresan en la medida de sus años, de donde debe inferirse que el progreso es cuestión de raza unicamente.

Hemos dicho adiós á Auckland, y nuestra próxima escala, Sydney, será también el término de nuestro viaje. Mi ansiedad por llegar á la gran ciudad es muy viva; tanto se me ha contado de lo que se ve y aun de lo que no se ve en dicha metrópoli, que estoy impaciente por divisar los dos promontorios que dan entrada á su bahía, la más pintoresca del mundo.

El mismo día fijado en nuestro itinerario atravesamos un pequeño estrecho no mayor de una milla, y nos hallamos en Jacksons Bay, en cuyo extremo izquierdo se extiende sobre innumerables colinas, Sydney, populosa y alegre, coronada por cien torres, rayada de líneas eléctricas, cauzada de parques y adornada de squares.

Sydney, que cuenta con medio millón de habitantes, recibe de los suburbios la población obrera. Desde las seis

de la mañana hasta las diez, atraviesa por sus calles un río de gente, que busca con paso animoso el camino de la fábrica, el taller ó la oficina.

El elemento femenino, trabajador y educado, llena las grandes tiendas, los despachos particulares y aun las oficinas públicas.

Allí nose ve, como entre nosotros, hombres barbudos ó jóvenes *dandies*, vendiendo cintas y alfileres detrás de los mostradores. En las mismas cantinas de los hoteles, Hebe se halla representada por lo más seductor del bello sexo.

A la una del día, el cañonazo de uno de los fuertes anuncia la hora del *lunch*; vuelven las calles á cobrar animación; los hoteles, los *bars*, los restaurantes, los salones de ostras y los de té, se llenan de parroquianos de ambos sexos, y la alta dama que ha venido á hacer sus compras en la ciudad, se codea en los lugares de moda con la elegante y relamida empleada de mostrador ó la actriz favorita del público.

Más tarde comienza el desfile de esa población flotante é invade los tranvías, las estaciones de ferrocarril y los muelles de los *ferries*. Por tierra y por mar regresan á sus hogares, á su *home*, banqueros y artesanos, modistas y aristocráticas damas.

Temprano en la noche se abren los teatros y *music halls*, y la ciudad iluminada entonces como para una fiesta, ve pasar por sus grandes avenidas el mundo del buen tono, de la elegancia y la riqueza.

He allí un día cualquiera en la capital de la Nueva Gales del Sur.

☆

Al desembarcar, una *miss* creyó oportuno preguntarme si por fin había yo visto la Cruz del Sur, y á fuer de galante hube de decirle que en ese momento contemplaba la constelación en su rostro.

La *miss* dijo: ¡Shocking!

Yo dije: ¡Good-bye!

VICTOR G. MANTILLA.

1905.



Obras de agua potable en el Callao

NOTAS DE AÑOS Y LETRAS

He leído un folleto de 17 páginas del marqués de Casa Valencia en el cual folletito se hace la *necrología* de don Juan Valera, el insigne hablista, miembro conspícuo de la Academia Española, quien no merecía en verdad que su compañero lo *necroligizase* de tan mala manera y con tan abominable sintaxis. “Mi querido ó inolvidable primo, admirable escritor don Juan Valera y Alcalá Galiano, en 1824, el 18 de octubre, nació en Cabra, provincia de Córdoba, donde los estudios hizo de primera enseñanza.” ¿Qué le costaría al señor Conde decir, como cualquier cristiano diría, que su primo nació en Cabra el 18 de octubre de 1824? “Su hermana Sofia que se *maridó* más tarde en París con el Mariscal Pellisier etc.” ¿Pero, señor Conde, qué es esto de *se maridó*? Es propio de un hidalgo hacer uso de una palabra tan equívoca y poco aristocrática? Si viera usted una de las acepciones que da la Academia, que usted preside interinamente, á *eso* del maridaje! No ha de hacerle mucha gracia á los manes de don Juan lo que dice usted de su hermana y menos aún lo que dice usted de su hija. Cierto es que en Italia la mujer que se casa se *marida* (*maritata*) y el hombre se *esposa* [*sposatto*] pero ¡qué diablo! España no es Italia. En España el hombre se casa y no se *amujera*, la mujer se casa y no se *marida*, salvo en ciertos casos de uniones en que el diácono oficiante tiene algo de común con la Venus de Milo. Y aunque no me va ni me viene en el asunto, ni tengo por que meter la mano al fuego por la hermana de su primo, asegúrole á usted, señor Conde, que las cosas no han sido como lo expresa el escabroso verbo que usted usa.

He aquí otro párrafo interesante. Hace el Conde relación de los hijos de don Juan Valera: “Uno que murió; Luis, autor de varios interesantes libros, casado con Clemencia, Marquesa de Villasinda, hija del actual Duque de Rivas; y Carmen, cuyo HOMBRE es el joven diplomático Serrat. ¡Señor Conde, por Dios! Si esto lo hubiera usted escrito con treinta años menos de edad seguramente que usted ó el diplomático Serrat serían á la fecha putrefactos cadáveres, porque sólo con la muerte se pueden lavar ciertas ofensas. No hay argucias léxicas que valgan: *el hombre* de una mujer en España y en Italia, en Rusia, en la Cochinchina y en el Cambodge, y en donde usted quiera, es vamos, es su hombre. Preferible es cien veces el verbo *maridar* como lo empleó usted tratándose de la tía de la señora Carmen de Serrat. Naturalmente que ni yo ni nadie hemos de creer que ha tenido usted la intención de injuriar tan groseramente á su sobrina: todo es obra de ese endiablado modo que tiene usted de escribir, que no es por cierto ni de lo más académico ni de lo más condal.

Cuenta el Conde que en una ocasión don Juan Valera le preguntó si escribía versos. El contestó con esta novedad:

Médico, poeta y loco
todos lo somos un poco

y como insistiera don Juan en que le dijera otros [no tan originales] recitó el conde los siguientes:

La bondad es un deber
que muy facilmente puede
gran virtud llegar á ser.

Guarda cual preciosa esencia
ese juvenil candor,

que no hay encanto mayor
á tu edad, que la inocencia.

“Le gustaron á Valera—dice el Conde, con un candor angelical—y me recomendó que compusiera más.”

Al hacer el Conde la foja de servicios de don Juan Valera ha creído de absoluta necesidad hacer la suya propia. “Cuando yo fui subsecretario de Estado se le nombró etc.” “Cuando yo dejé la legación etc.” “Valera firmó el tratado de Propiedad Literaria que yo había negociado.” Y así sigue. Consecuencia: que uno se queda en la duda de si el Conde ha escrito su *necrología* ó la de Valera.

Dice el Conde una cosa muy graciosa. “Valera, contra mi opinión, siempre sostuvo, como cuestión de estética, que no se admitiesen en la Academia Española á las escritoras y poetisas, por muy notables y célebres que fuesen.” Pero, mi señor Conde, como afirma usted que don Juan sostuvo tal cosa *como cuestión de estética!* Don Juan era un perfecto caballero para sostener por estética que no se admitiese á las damas. Otra sería la razón. ¡Qué diablo! Por estética sostendría que no entráramos los del sexo feo á que Weyler tiene el honor de pertenecer. Porque he oído afirmar en España que Weyler es el más feo del sexo. Ergo, el más antiestético para una Academia.

Chifladura—dice la Academia—es la acción y efecto de *chiflarse*. Y *chiflarse*, define la misma institución, que es la pérdida de energía de una facultad mental, quedándose uno como alorado. No es del caso hacer cuestión sobre la exactitud de estas definiciones. Simplemente diremos que hay infinidad de personas de gran energía mental que se *chiflan*; individuos que nada tienen de *memos* ni de alorados y que sin embargo tienen su *chifladura*. Y casi puede asegurarse que todos los hombre, cuerdos ó alorados, inteligentes ó negados, tenemos nuestro débil ó *chifladura*; de donde deducimos que la *chifladura* es algo más, ó mejor dicho, algo distinto del aloramiento como cree la Academia. Qué es, pues, una *chifladura*? En nuestro concepto la *chifladura* consiste en la condición en que se encuentra un hombre, cuando persigue la realización de un propósito insignificante ó utópico, creyendo á pie firme en la importancia ó posibilidad de él. En otros términos; la *chifladura* consiste en enamorarse de una tontería ó de un absurdo, y dedicar, por consiguiente, á él una gran parte de energía que podía tener un empleo de valor práctico y positiva utilidad. Un individuo que colecciona colillas de cigarros fumados por personajes célebres, es un *chiflado* de remate: un individuo que colecciona libras esterlinas no lo es. Es *chiflado* el que, persiguiendo el altruismo, se queda sin camisa para favorecer á cuanto zángano ocurre á tocarle la tecla: será un gran caritativo, un espíritu nobilísimo y cuanto se quiera; pero es un *chiflado*. No digo que en un orden puramente teórico un hombre pueda apasionarse de todo los ideales elevados que le dé en gana creer; pero desde el momento en que nos lanzamos á conformar nuestra actividad y nuestra vida al ideal entramos en la categoría de *chiflados*. Y vaya si hay *chifladuras* entre los hombres!

El ideal de la paz universal! Noble chifladura, cuando sale del terreno de la belleza teórica y quiere ser principio de vida internacional. Es en la vida de las naciones lo que la mansedumbre ovejuna como ideal en las relaciones humanas. Mientras haya hombres habrá celos, envidias, rencores, etc. y por consiguiente la lucha del hombre con el hombre. No bastarán á impedir la entre los hombres y entre las naciones, ni la conciencia del derecho ni el desarme. Contra el derecho está la pasión; y contra el desarme..... ¡bah! es suficiente con que haya quijadas de asnos. Entre las otras muchas chifladuras que se han desarrollado en el siglo XIX, una de las que más energías hace malgastar es la del idioma universal. En mala hora Descartes y Leibnitz tuvieron la mentecada de insinuar, llevados por su optimismo filosófico, la posibilidad de un idioma común para todos los hombres civilizados del globo. Después Urquhart, Dalgarno, Wilkins, Faiguet, Delormel, Maimieux y Wolke insistieron ya en dar forma práctica á la majadería de los filósofos. Max Muller, insigne lingüista y filólogo, vino á remachar las cosas probando que un lenguaje artificial necesariamente tenía que ser más perfecto y más fácil que los idiomas existentes. Y allí tienen ustedes que á pesar de algunos ensayos poco felices, desde 1879 en que apareció el célebre idioma *Volapuk* hay una gran cantidad de hombres empeñados en realizar ese imposible humano del idioma común. El problema tenía tres soluciones: 1.º Hacer uso de un idioma muerto como el latín ó el griego. 2.º Hacer obligatoria en todas partes la enseñanza de un idioma moderno, como el francés ó el inglés. 3.º Crear un idioma nuevo. La solución lógica era la adopción de una de las dos primeras soluciones. Lo que desde luego no habría constituido chifladura, por que aunque fracasara, que fracasaría el propósito de que ese idioma fuera universal, por lo menos cada hombre ganaba el saber un idioma práctico que le serviría en el país en donde se habla ó para leer las obras escritas en él.

Pues, no señor, como eso no tenía encanto de novedad, ni sabor esotérico ó masónico, han preferido los enamorados de la lengua universal fabricarse una. Y ahora tenemos el *esperanto* que ha venido á chiflar á unos cuantos buenos señores de Lima, así como ha chiflado á muchos miles de franceses, alemanes, italianos é ingleses. Naturalmente el *esperanto* dará fiasco como lo dió el *volapuk* y á la postre se convencerán los esperantistas que han perdido su tiempo ó mejor dicho, que lo han empleado en un entretenimiento, inofensiva es verdad, pero asaz candoroso, como sería el de contar las baldosas de una calle ó los postes telegráficos de una vía ferrea. Sólo hubo una oportunidad para que contara la humanidad con un idioma universal y fué la del apogeo del latín, idioma de la filosofía y, engendrador del tecnicismo científico. El latín por su carácter de generador de los idiomas modernos, por ser estudiado con cariño por germanos y anglo sajones, por ser enseñado por costumbre inveterada en las escuelas y universidades, podía satisfacer ese anhelo candoroso y altruista de fácil comunicación entre todos los hombres civilizados del globo. Ciertamente es que entre el latín de un inglés y el latín de un misacantano del Lacio habría tanta diferencia como entre la abadía de Westminster y el Coliseo romano; pero en fin algo se habría conseguido. Pues si á pesar de ser el latín el idioma históricamente llamado á establecer la unidad de comunicación intelectual, no ha llegado á hacerlo, cómo es que se imaginan estos benditos señores esperantistas realizar su ideal con un idioma de inestable convencionalismo, de frío artificio, y que no puede ni debe evolucionar, porque no se funda en una necesidad humana sino puramente filosófica, y que evolucionara paralelamente al espíritu de cada raza traería como necesaria consecuencia el mal que se quiere curar: la variedad de lenguas. Todos estos idiomas manufacturados tienen el grave inconveniente de que forman su léxico y su gramática so-

bre la base de una lengua vulgar y sólo despiertan simpatías á los que hablan ésta. El *esperanto*, por ejemplo ha tomado como base las lenguas latinas y entre estas me parece que el español. Tengo para mí que ya yo sé *esperanto*. Para ello me basta disparatar cualquiera palabra española cambiando la *c* en *k* ó añadiendo cualquiera cosa antes ó después. Quiero decir Perú? Alla vá: *Perujo*. Quiero decir Cálculo? *Kalkulo*. Dicen los esperantistas que todo hombre un poquito ilustrado sabe sin necesidad de estudiarlo nuevamente el 75 % del léxico esperantista: *Yomate klera homo jam konas 75 procent de la vortareto*. Si es así, me parece están demás la tal *lingvo* y su *vortareto*. Ese 75 % de conocimientos comunes que tendría yo con cualquier prójimo ilustrado, si yo también lo fuera, me bastaría para componérmelas con él, fuera ruso, japonés ó marroquí.

No entraré á examinar si la constitución ínterna de esta extravagante *lingvo internacio*, que inventó un señor Zamenhof, es más perfecta que la de las lenguas históricas. Me faltan alientos para tan magna empresa y además ¿por qué no decirlo? temo chiflarme. Por igual razón no hago investigaciones muy hondas sobre masonería, espiritismo, teosofía, quiromancia y demás candorosas que apasionan, ofuscan y desequilibran á ciertos espíritus un tanto aficionados al esoterismo barato. Me basta con saber que tengo un 75 % de *vortareto* que no me perjudica, ni me ha costado esfuerzo alguno, pero que en cambio de nada me sirve. Y pruebas al canto. Leí en el *Antuen Esperantistoj* que en Holanda se ha formado una sociedad esperantista cuya divisa es la siguiente: *Lo estonto estas nia*. Muy orondo quise poner á prueba mi 75 % de *vortareto* infuso y traduje: ¡Qué tontos estan estos holandeses! Pues, no señor, quería decir: El porvenir es nuestro! Cá, hombre, el porvenir es de los que no pierden su tiempo en chifladuras!



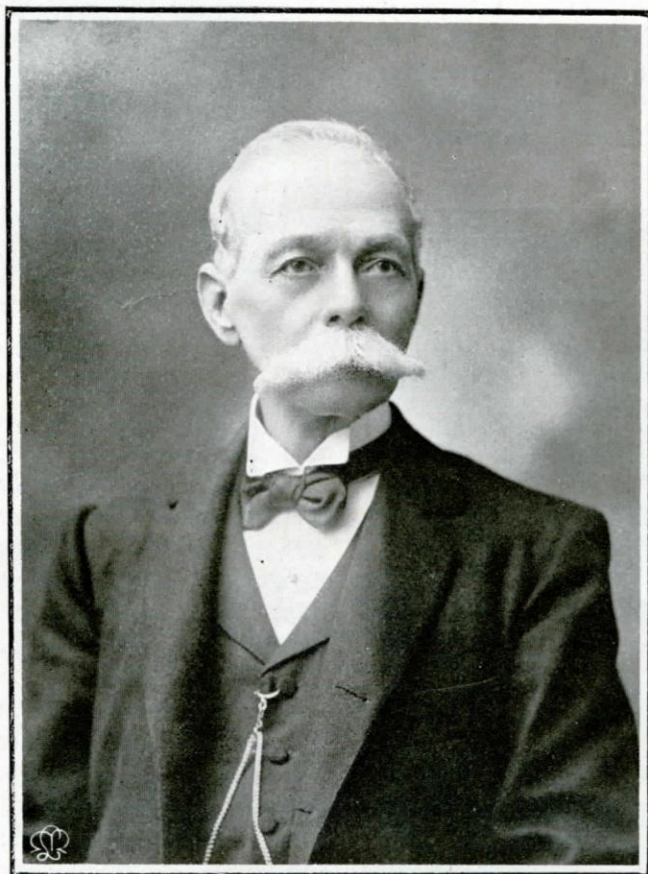
Nuestro poeta Chocano—de quien publicamos hoy un retrato—está alcanzando grandes triunfos literarios en Madrid, según refiere la prensa española. Mucho temíamos que los madrileños, un poco aficionados á la guasa, no tomaran en serio la genial inspiración de Chocano y que—salvo unas pocas excepciones entre los espíritus cultos—el público superficial impresionándose con ciertos snobismos y desplantes de nuestro vate *le tomara el pelo* sin apreciar debidamente el brillo de su talento y la pujanza de su genio lírico. Algo de esto debió pasar cuando leyó Chocano su poesía *El Organo* en honor de Navarro Ledesma. El público español empezó por tomar á broma á nuestro poeta. Pero en la velada de presentación realizada en el Ateneo de Madrid supo el vate apoderarse del espíritu del auditorio selecto y culto que había asistido, obteniendo una ovación colosal con la lectura de algunas poesías de su libro *Alma de América*. Seremos que apadrinado por Echegaray y por Benavente dará Chocano un drama al Teatro Español. *Los Conquistadores*. La empresa que va á acometer nuestro poeta es de mucho riesgo y le deseamos el mejor éxito; pero.....no tenemos muchas esperanzas. Chocano tiene graves inconvenientes para que pueda triunfar de un modo sólido é indiscutible como dramaturgo. Sus excepcionales condiciones de poeta épico y lírico le perjudican para la factura de un drama. *Los Conquistadores* será aplaudido con entusiasmo por la brillantez y energía del verso, en cuya factura es maestro insigne, pero no será obra que perdure. En fin, de todos modos es inoficioso hacer predicciones, porque poetas del empuje de Chocano causan de repente sorpresas tales que desconciertan toda lógica y toda crítica. PRISMA felicita sinceramente al poeta y le desea que consolide su fama de poeta lírico, ya indiscutida, con sus victorias posibles de poeta dramático.



“A través de un prisma” - Crónicas limeñas

¿QUIERE usted, de verdad, que me ensaye en la redacción de una Crónica? Lo repite usted tan amablemente en serio, me alienta con tan persuasivas expresiones, que no hay más remedio que complacerle ó pasar por muchacha arisca, presuntuosa, *disforzada*, que no vale ni sirve para intentar, siquiera, la traducción de sus impresiones en unas cuantas líneas que el público más indulgente del mundo—el público lector de Lima—recibirá mañana, como lo recibe todo, sin parar mientes en el mérito de lo que se le ofrece, si el ofrecimiento es hecho con modestia, ingenuidad y buenas maneras.

Pero ¿qué dirá mi Crónica, en esta quincena árida en acontecimientos sociales de



✱ DOCTOR FERNANDO PALACIOS

nota y trascendencia?

Dirá..... dirá (¿como en el *Chiribiribin*?) que el excesivo calor en la atmósfera y en el mundo político, amenaza sofocarnos; que el paraíso terrenal debe haber existido en una playa muy fresca, muy oreada por las brisas picantes y salinas; en donde nunca se habló de

distinguido jurisconsulto, doctor don Fernando Palacios, á cuya familia presento por ello mi más cumplido pésame.

Dirá..... dirá, que en el hogar del señor don Simón Irigoyen se ha celebrado una de las más hermosas fiestas de familia, con motivo del 50º aniversario, ó sea «*bodas de oro*», del matrimonio de tan estimable caballero con la dignísima señora Petronila.

Dirá..... dirá que los alemanes se están poniendo de moda, desde que han tomado posición *atrayente* fundando un banco en esta capital.

Dirá.... dirá que las vacaciones escolares han dado soltura á los pichones de ambos sexos, que deberían traer sus



SEÑORA PETRONILA DE IRIGOYEN

dietas de diputados, ni de empréstitos para ferrocarriles, ni de armamentos, ni de nada que no fuera alabar á Dios y gozar en paz de las bondades que dispensa á sus criaturas.

¿Qué más dirá?

Dirá.... dirá lo muy sentida que ha sido, en los mejores círculos, la muerte del anciano y

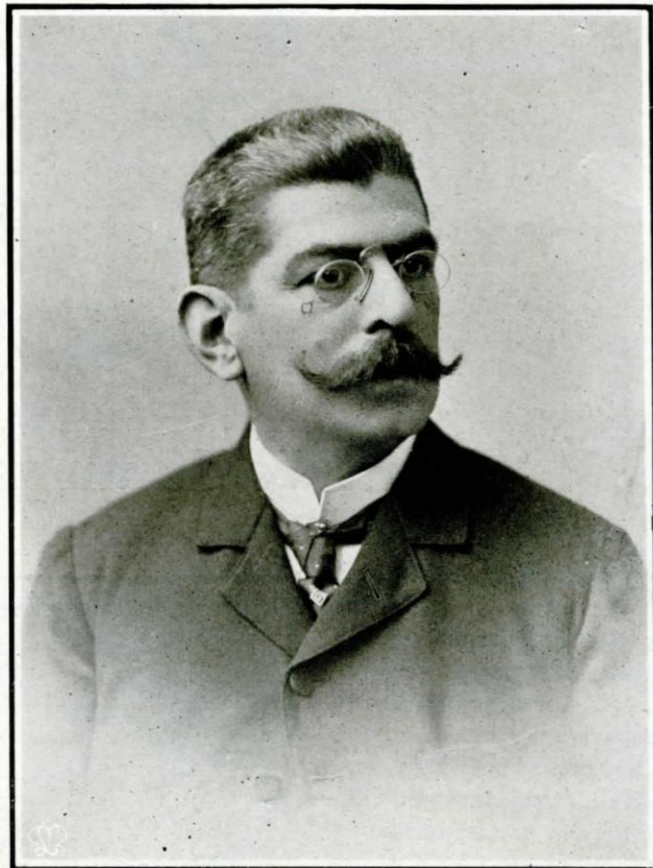


SEÑOR SIMON IRIGOYEN

arrullos y alegría á los respectivos hogares; pero no la traen, al menos los machitos, á quienes sólo se les puede echar la vista encima cuando vienen á cambiarse de sombrero ó corbata, ó á pedirnos *alfileres*, para volar en seguida en busca de otros palomares. Esto no quiere decir que la ley de reciprocidad no se cumpla en esta ocasión para nosotras; buena hipócrita y embustera me revelaría yo si no confesase que también posan su poquito en las perchas del palomar mío pichones y aún palomos muy galanes de otros lares, que nos ayudan á pasar la vida, en los no muy repetidos, por desgracia, momentos en que se puede gozar en Lima de buena y amable sociedad.

A la vueita de mucho tiempo ha llegado á Lima una excelente compañía dramática española, pero ien pleno verano! lo que le quita la mitad de su atractivo. Quisiera decir algo de ella, de la simpática Ferri en el interesante papel de *Clara de Beaulieu*, pero se me ha advertido que PRISMA tratará de TEATROS, en sección especial, encomendada á un crítico concienzudo y quisquilloso, á quien estimo mucho, y no quiero invadirle el territorio.

¿Qué me resta por picotear? Ah! que mi amigo Federico Elguera, el alcalde vitalicio de Lima, ha estado enfermo y aún no acaba de convalescer, aunque es bien seguro que convalescerá y quedará más campeante que



SEÑOR JOSE PAYAN
Gerente del Banco del Perú y Londres

Foto. Moral



SEÑOR PAUL RICHARZ
Gerente del Banco Alemán en Lima

Foto. Moral

nunca, porque no es él de la madera que se apolilla á lo mejor del cuento.

Banquetes no ha habido, que yo sepa. Después de la terrible sucesión de almuerzos, comidas, lunches y cenas con que atacamos, sin éxito, los órganos digestivos del general Sáenz Peña, nuestra sociedad parece que ayuna, ó que come lo indispensable, á la *fourchette*, para prepararse, si fuera menester, á nuevas expansiones de Lúculo, en el próximo carnaval.

Porque tenemos el Carnaval encima! No será el de nuestros papás y mamás con horrosos cascarones, asaltos á las casas, y zabullones en la tina; ni la imitación italiana de 1884, con la cabalgata luciente, vistosa, dorada, de S. M. Carnavalón, y los *confetti* y las serpentina; sino el lánguido y apestoso carnavalito de nuestros días, de chisguete y papelitos picados. Prepárese, pues, cada una, á recibir su bautizo de agua *perfumada* con esencias más ó menos dudosas y más ó menos caústicas; á bailar, si se puede, unos anticuados lanceros, y á examinarse la conciencia en la cuaresma.

Y..... ¿me ha salido Crónica?

¡Quién sabe!

WILLITA.





Emilio Thuillier

Foto. Graf



Compañía Thuillier en el Principal

EN el apogeo del drama romántico surgieron en la escena española tres grandes actores: Mario, Calvo y Vico, que llegaron á expresar con la mayor perfección las tendencias de ese arte. Caracterizaba á estos artistas la mapulosidad declamatoria, la afectación mímica, la movilidad exagerada en la expresión de afectos, y, en general, una serie copiosa de recursos académicos que contribuían notablemente á dar un brillante relieve á los personajes de las obras, impresionando hondamente al público por la energía con que el actor vivificaba y coloreaba las pasiones de que era intérprete. Esta tendencia de esos tres grandes maestros, que tanto éxito obtuvo en una época propicia, fué seguida por los actores de segundo ó tercer orden, y ha llegado á constituir una característica de la escuela española.

No cometeremos la simpleza de censurar esta escuela y deprimirla: no, ella satisfacía las necesidades

artísticas de una época y correspondía á un movimiento artístico del arte dramático, y dentro de él Mario, Calvo y Vico, fueron in-

dudablemente los más geniales representantes del arte español. Y es que cada obra dramática requiere la escuela escénica que mejor la traduce. Estamos seguros que si Le Bargy, que es el representante de la moderna escuela francesa, si viera obligado á representar el *Cyrano*, haría un Cyrano declamatorio y ampuloso, como el que hace el insigne Coquelín.

Emilio Thuillier se educó en esta tradición, pero su espíritu amplio le hizo comprender que el arte dramático, como todas las artes, debe evolucionar y adaptarse á las corrientes sanas del espíritu moderno, y en este sentido Thuillier ha recojido la herencia de Vico, mejorándola con la factura tranquila, sutil, impregnada de realidad y depurada de desplantes que encajarían mal en la representa



ANA M. FERRER

Foto. Moral

ción de las obras que hoy agradan. Hemos tenido el gusto de ver á este eminente actor en dramas de índole tan diferente, como son: *El Adversario*, el *Honor* y *Felipe Derblay*, y en todos ellos le hemos visto á una gran altura. En el *Adversario*, obra de fina psicología y del más puro y noble corte moderno, fué muy bien secundado por la señora Ferri. En el *Honor*, realizó Thuillier un papel secundario con maestría admirable. Quizá si estuvo algo exagerado en su papel de Conde de Bellamar, en ciertas notas de ironía y de burla. En *Felipe Derblay*, obra manoseadísima, estuvo muy discreto, sin ser superior.

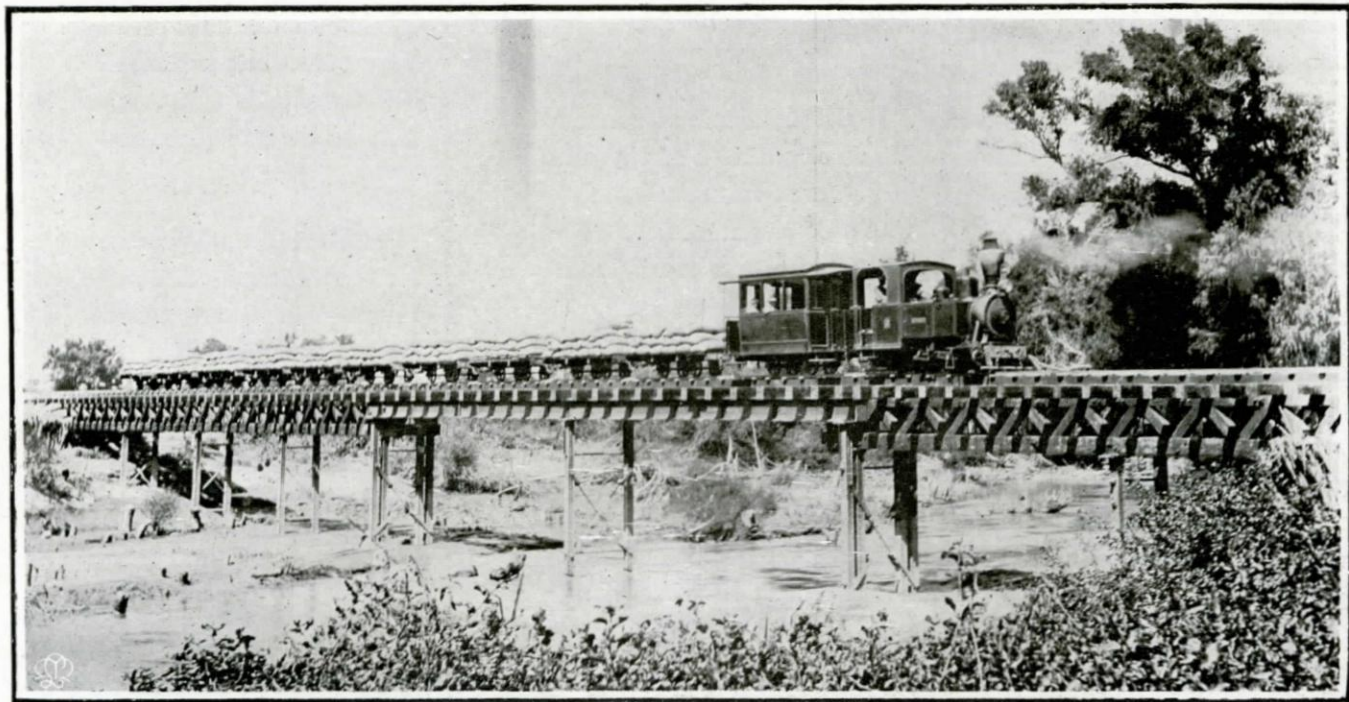
No podemos expresar la misma satisfacción respecto al *Hamlet* que nos ha dado. Indudablemente que el Hamlet de Thuillier ha sido superior á otros muchos que hemos visto, como el de Vico que fué deplorable por varias circunstancias; pero eso no obsta para que creamos que

su caracterización del Príncipe de Dinamarca ha sido bastante desigual. Tuvo momentos muy felices al lado de otros en que la psicología del infortunado príncipe fué falseada. Cierto es que los demás actores no le secundaron debidamente contribuyendo así á que el alma de Hamlet careciera del relieve necesario.

Aplaudimos el propósito del eminente actor de hacer ver desde las primeras representaciones la variedad de su trabajo, presentando obras tan diferentes como las que viene dando. Desearíamos ver á Thuillier en alguna obra del teatro clásico antiguo; algunas de las obras de Calderón ó Lope, arregladas por Luceño para la representación moderna.

HIPOLITO.

14 de febrero de 1906.



Puente "San José" sobre el rio Lambayeque

Fué construído el año 1897, por el ingeniero señor Emeterio Pérez, con el objeto de transportar los productos de la hacienda «Tumán», propiedad de la señora M. B. de Pardo, situada en el valle de Lambayeque, al puerto de Pimentel.

Tiene una longitud total de 255 pies ingleses y su altura media de 22 pies.

La parte central lo forman dos tramos en viga de fierro doble T, con 40 pies de luz cada uno, y siete tramos de viga armada de 25 pies de luz cada uno. Todo el puente se basa sobre columnas de fierro huecas.





EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE

—«No es posible estar mejor:
El amor al orden cunde,
La Hacienda va de primor,
Y la instrucción se difunde.
Gobierno tan bienhechor,
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio».
Este ocupa un Ministerio.

—«Esto se lo lleva el diablo:
El desorden que se nota,
No lo ataja ni San Pablo:
La Hacienda está en bancarrota
Y, ó no sé yo lo que hablo,
O hace este Gobierno idiota
Del país un cementerio».
Este quiere un Ministerio.

—«¡Cuánto complace el que sean
Premiadas hoy las virtudes!
¡Cuánto ver que sólo emplean
A hombres de honor y aptitudes!
¡Cuánto que su fin ya vean
Nuestras largas inquietudes
De la ley bajo el imperio!»
Este ocupa un Ministerio.

—«¡Da horror ver en su apogeo
A viciosos disolutos,
Y que no se da un empleo
Sino á pícaros y á brutos!
La nación es el recreo

De estos dueños absolutos.
¿Quién sufre tal cautiverio?»
Este quiere un Ministerio

—«El mandarín más adusto
Ve en el pueblo á sus iguales,
Y gobierna franco y justo
Con afectos paternales.
¿Y habrá censor tan injusto
Que procedimientos tales,
Juzgue dignos de improprio?»
Este ocupa un Ministerio.

—«Vilmente hollando la ley
¿A quién dejarán de herir?
Peor que en tiempo del Rey
Va el Estado en mi sentir:
Cada prefecto es un Bey,
Cada Ministro un Visir
Todo es tapujo y misterio».
Este quiere un Ministerio.

—«Si del poder se ensancharan
Los límites; ¡ay! entonces
Mucho se facilitarían
De esta máquina los gonces:
Proyectos se ejecutarían
Dignos de grabarse en bronce,
Y algo se hiciera más serio».
Este ocupa un Ministerio.

—«Se anhela por una inmensa
Libertad en los negocios,

Y á este fin gime la prensa
Bajo el Ministro y sus socios.
¿Quiérenla aún más extensa
Para entretener sus ocios?
¡Oh vergüenza! ¡Oh vituperio!»
Este quiere un Ministerio.

—«Mas, bienandanza cabal
No tendrá la patria mía,
Mientras la imprenta fatal
No vea su último día,
Y se agote el manantial
De calumnia, de osadía,
De impudencia y de dicerio».
Este ocupa un Ministerio.

—«No hay libertad de opinión:
Por la imprenta no hay ataques.
Que esperen la Extremaunción
Los que se metan á jaques
Contra cualquiera mandón.
¿Piensan esos badulaques
Que es la nación monasterio?»
Este quiere un Ministerio.

Sin oír este charlar
Eterno, aunque no administro
Ni ambiciono administrar,
Puedo, si el alma registro
De cada hombre, penetrar
Que el que quiere ser Ministro
No usa del mismo criterio,
Que el que ocupa un Ministerio.

LA "NUEVA YORK"

(ARBITROS DE LA MODA)

ALMACEN DE CALZADO NORTEAMERICANO

TIENE SIEMPRE EN EXISTENCIA UN VARIADISIMO SURTIDO DE CALZADO
PARA SEÑORAS, CABALLEROS Y NIÑOS

Se envía calzado á todas partes de la República por encomienda postal

Pídase el Catálogo ilustrado en colores, con más de cien estilos diversos
Dirigirse á Casilla 882, Lima

VENTAS: AL POR MAYOR, VILLALTA 75
AL POR MENOR, MERCED 289

ALFONSO A. RODRIGUEZ.
PROPIETARIO

THE ARMOUR PACKING COMPANY

CHICAGO, E. U. DE A.

(La primera casa en el mundo en su ramo)

Productores de:

Carnes en conserva macra "Yelmo"

Jamones marca "Banda de oro"

Y LAS CONOCIDAS

Mantecas "**CHANCHO AZUL**" y "**BOMBERO**"

Fabricantes de los exquisitos jabones de olor

"CHATEAU EXTREME", "SYLVAN", "PASSION",

"VIOLETTE DE PARME", ETC., ETC.

ALFONSO A. RODRIGUEZ

Agente para el Perú y Bolivia

Fotografía de M. Moral

Unión, Mercaderes, 482, Lima.

Esta casa, instalada en amplio y cómodo local AD HOC, cuenta con los más nuevos y mejores elementos del arte, y ofrece á su clientela los trabajos más perfectos que hasta hoy se han podido obtener en FOTOGRAFIA.

Todo las obras que se le encarguen serán ejecutadas con igual esmero y puntualidad.

VENTA DE MATERIAL FOTOGRAFICO POR MAYOR Y MENOR

Los señores fotógrafos y aficionados conocen bien la calidad superior de todos los materiales que proporciona esta casa, á los precios más bajos en plaza.

ESPECIALIDAD en "PLAGAS SEED" y PAPEL "VELOX"

Pídase el último CATALOGO ILUSTRADO.

SECCION DE FOTOGRABADOS

La sección de fotograbados está instalada á todo costo y cuenta con insuperables elementos en el ramo, todos modernísimos.

De la bondad y perfección de nuestro trabajos finos, puede juzgarse por las ilustraciones que publica nuestra revista quincenal PRISMA.

Grano especial para grabados de periódicos.

PIDASE LA TARIFA

SECCION DE IMPRENTA

Nuestra sección de imprenta se encarga de obras finas, para lo que dispone de papeles de primera calidad, fabricados expresamente para la casa, y de máquinas especiales para la impresión de ilustraciones.